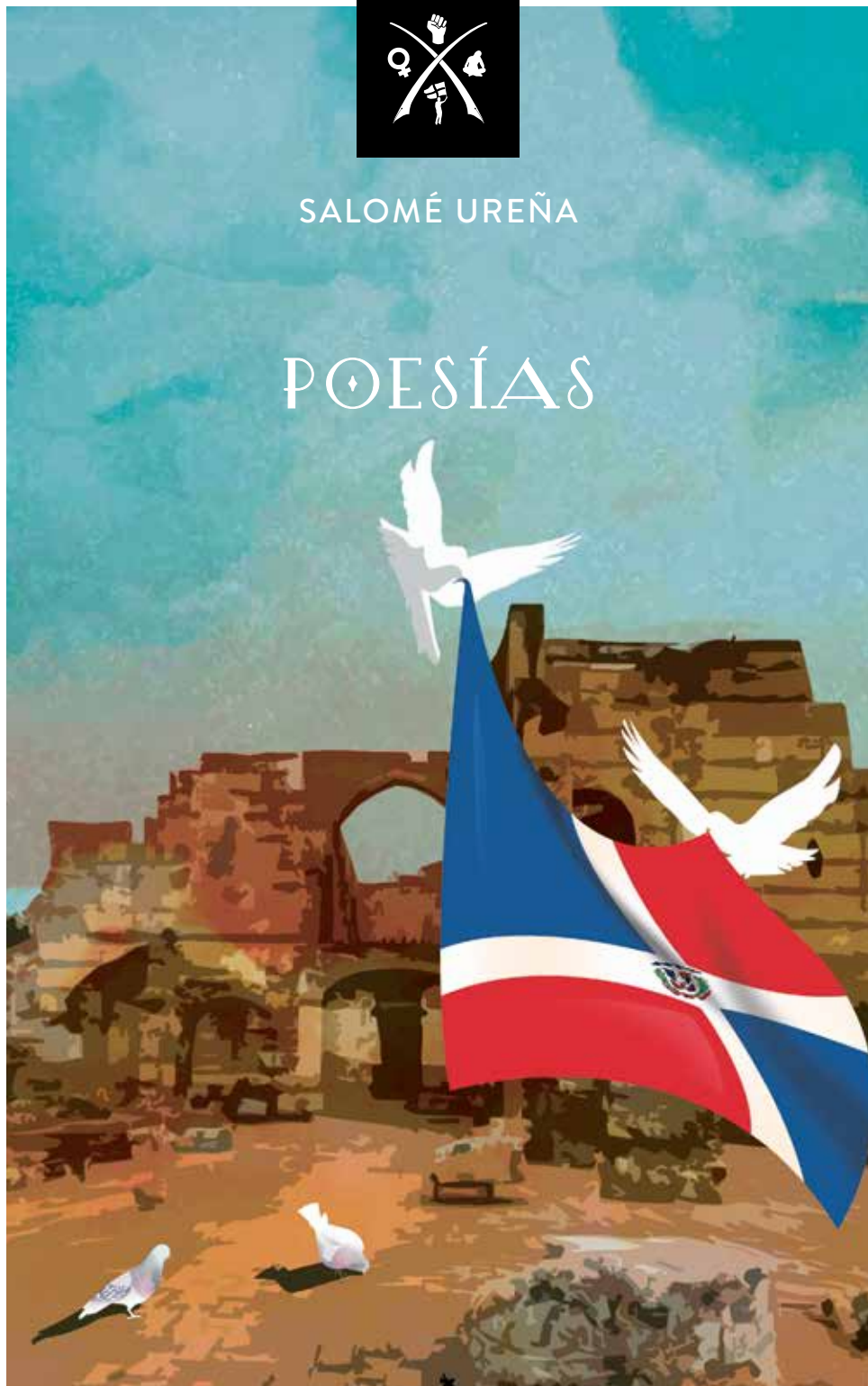




SALOMÉ UREÑA

POESÍAS



«Nuestra poeta Salomé Ureña encarna la aspiración y el destino de la juventud, que es la superación intelectual y material conjuntamente con la transformación de la sociedad, según los ideales que gestan la conciencia y la sensibilidad. Y supo interpretar la aspiración del pueblo dominicano hacia el último tercio del siglo XIX conformando el anhelo nacional de transformación social y cultural mediante la paz, la unión y el progreso, que ella articuló como la clave de su misión educativa en la acción docente, la enseñanza en el hogar y la creación poética. Salomé plasma una manera de ser de lo dominicano creando, con medios estéticos, conceptuales y espirituales, una sensibilidad afín al ser nacional y a los ideales que impulsaba.

»[...] a Salomé Ureña le cabe la gloria de perfilar y expresar en su lira patriótica el sentimiento nacional expresado en forma artística. Es Salomé Ureña la primera mujer que asume en el siglo XIX el cultivo de la poesía con el más alto rigor artístico; es la primera mujer en expresar en nuestro país una clara conciencia patriótica: y es la primera creadora en instrumentarse de la poesía para canalizar sus inquietudes sociales, estéticas y culturales».

Bruno Rosario Candelier

Salomé Ureña es la poeta dominicana más celebrada de todos los tiempos. En conmemoración de la fecha de su natalicio República Dominicana celebra el Día Nacional del Poeta. La escritora y educadora nació en Santo Domingo, el 21 de octubre de 1850. Hija de Nicolás Ureña de Mendoza y de Gregoria Díaz y León, trascendió dentro de las figuras centrales de la poesía lírica.

POESÍAS

CLÁSICOS DOMINICANOS
COLECCIÓN DEL INSTITUTO SUPERIOR DE FORMACIÓN DOCENTE SALOMÉ UREÑA
SERIE III. POESÍA



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

JUNTA DE DIRECTORES

Miembros Ex Officio

Ángel Hernández Castillo Ministro de Educación, Presidente

Francisco Germán De Óleo Ramírez Viceministro de Acreditación y Certificación Docente del Ministerio de Educación / Representante Permanente del Ministro de Educación ante la Junta de Directores

Ancell Scheker Viceministra de Servicios Técnicos y Pedagógicos, Ministerio de Educación

Leonidas Germán Directora General de Currículo, Ministerio de Educación

Francisco Ramírez Director Ejecutivo del Instituto Nacional de Formación y Capacitación del Magisterio (INAFOCAM)

Sixto Gabín Representante de la Asociación Dominicana de Profesores (ADP)

Nurys del Carmen González Rectora, Secretaria

Miembros Intuitu Personæ

Radhamés Mejía Vicepresidente

Ángela Español

Juan Tomás Tavares

Laura Lehoux

Magdalena Lizardo

Rafael Emilio Yunén

José Alejandro Aybar

Pedro José Agüero

Cheila Valera

CONSEJO ACADÉMICO

Nurys del Carmen González Rectora

Carmen Gálvez Vicerrectora Académica

Andrea Paz Vicerrectora de Investigación y Postgrado

Milta Lora Vicerrectora de Innovación y Desarrollo

Aida Roca Vicerrectora de Gestión

Ana Julia Surriel Vicerrectora Ejecutiva Recinto Emilio Prud'Homme

Mercedes Carrasco Vicerrectora Ejecutiva Recinto Juan Vicente Moscoso

Glenny Bórquez Vicerrectora Ejecutiva Recinto Félix Evaristo Mejía

Cristina Rivas Vicerrectora Ejecutiva Recinto Eugenio María de Hostos

David Capellán Vicerrector Ejecutivo Recinto Luis Napoleón Nuñez Molina

Anthony Paniagua Vicerrector Ejecutivo Recinto Urania Montás

Luisa Acosta Caba Directora de Desarrollo Profesional

Vladimir Figueroa Director de Investigación

Ramón Vilorio Director de Recursos para el Aprendizaje

Charly Tolentino Director de Recursos Humanos

Rafael Vargas Representante de los profesores

Alejandrina Miolán Representante de los directores académicos

María Fernanda Evertz Alvarado Representante estudiantil

Maribell Martínez Representante del Viceministerio de Servicios Técnicos y Pedagógicos del Ministerio de Educación

Francisco Ramírez Director Ejecutivo INAFOCAM

SALOMÉ UREÑA



POESÍAS

PRÓLOGO DE BRUNO ROSARIO CANDELIER

POESÍAS | Salomé Ureña

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS. Serie III. Poesía

Dirección general Nurys del Carmen González, Rectora

Dirección editorial Miguelina Crespo

Consultora editorial Emilia Pereyra

Línea gráfica colección Ana Zadya Gerardino

Diseño de interiores y portada Julissa Ivor Medina

Diagramación Daniel Bisonó

Corrección Vivian Jiménez

ISBN 978-9945-639-45-2

Para esta edición: © Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña.
Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en los talleres gráficos de Editora Búho,
Santo Domingo, República Dominicana, 2024.

ÍNDICE



Presentación	9
Prólogo	11

△ LA PATRIA

Recuerdos a un proscrito	27
La gloria del progreso	30
A los dominicanos	34
A la Patria	37
Diez y seis de Agosto	40
Homenaje a Billini	43
Ruinas	46
27 de Febrero	49
La llegada del invierno	52
La fe en el porvenir	54
En la muerte de Espaillat	57
A Quisqueya	61
Hecatombe	65
A mi Patria	69
Colón	73
A la música	78
El cantar de mis cantares	82
Sueños	86
Luz	89
Sombras	92
Mi ofrenda a la Patria	95

PÁGINAS ÍNTIMAS

Melancolía.....	101
¡Padre mío!.....	104
Quejas.....	107
A mi madre	110
Vespertina.....	112
En el nacimiento de mi primogénito.....	116
En horas de angustia.....	119
¿Qué es Patria?.....	122
Tristezas	125
Angustias.....	127
¡Adelante!.....	129
Páginas íntimas: Umbra - Resurrexit.....	131
Mi Pedro	133

VARIA

Una esperanza	137
El ave y el nido.....	139
Impresiones.....	141
En defensa de la sociedad	144
La transfiguración	149
Víctor Hugo	154
¡Pobre niño!.....	155
En la muerte de Francisco Xavier Billini.....	156
Mi óbolo.....	158
Fe.....	160
¡Tierra!.....	162
Biografía de Salomé Ureña	165

P R E S E N T A C I Ó N



El Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña (ISFODOSU) tiene el honor de presentarles la «Serie III. Poesía» de su prestigiosa colección «Clásicos Dominicanos». Esta compilación, seleccionada con esmero, consta de diez obras emblemáticas que constituyen hitos en la historia literaria de nuestro país y exhiben la riqueza y diversidad de la lírica dominicana.

La Serie reúne voces icónicas como Salomé Ureña, figura fundacional de la poesía dominicana, insigne educadora que luchó por la igualdad y la justicia; su obra *Poesías* nos conmueve por su sensibilidad y compromiso social. Manuel del Cabral, con su representativo *Compadre Mon*, nos invita a reflexionar sobre nuestra identidad nacional, mientras Pedro Mir, en *Hay un país en el mundo y otros poemas*, nos emociona con su canto a la esperanza y al amor por la patria.

La pasión y el romanticismo de Fabio Fiallo se manifiestan en *Canciones de la tarde*; la renovación poética de Domingo Moreno Jimenes —creador del postumismo, primer movimiento literario dominicano— queda plasmada en *El poema de la hija reintegrada y otros versos*. La fuerza vital y la valentía de Carmen Natalia Martínez Bonilla, voz de la resistencia antitrujillista, se revelan en *Alma adentro*.

Delia Weber, con *Ascuas vivas*, poemario, amplía el registro de las voces femeninas de esta serie y promueve una parte del legado poético de la enérgica defensora

del feminismo. Franklin Mieses Burgos, representante del movimiento La Poesía Sorprendida, nos cautiva con *Clima de eternidad y otros poemarios*. Aída Cartagena Portalatín, de las poetas dominicanas más trascendentales del siglo XX y única mujer que formó parte de La Poesía Sorprendida, nos seduce con *Una mujer está sola y otras poesías*. La obra *Eva en extremaunción*, de Melba Marrero de Munné, una de las composiciones más estimadas de la eximia poeta, corona la Serie.

Cada obra ha sido enriquecida con prólogos de consagrados escritores dominicanos, quienes nos ofrecen una visión profunda y personal sobre cada autor. Agradecemos a Bruno Rosario Candelier, José Enrique García, Federico Henríquez Grateaux[†], Eduardo Gautreau de Windt, Ofelia Berrido, Manuel Matos Moquete, Mateo Morrison, Sabrina Román y Miguel D. Mena, quienes han contribuido con su profuso saber y su entusiasmo a esta iniciativa que busca exaltar el patrimonio bibliográfico de la literatura dominicana.

La producción de la «Serie III. Poesía» ha contado con el inestimable aporte del Comité Editorial de ISFODOSU, cuyos integrantes seleccionaron estas obras fundamentales de la lírica nacional.

Exhorto a estudiantes, docentes, a la comunidad académica y amantes de la literatura a sumergirse en estas páginas, donde podrán descubrir la diversidad de nuestra poesía y encontrar un referente que los inspire en sus propias expresiones artísticas. Estas obras, que invitan a las nuevas generaciones a apreciar la riqueza de la poesía dominicana, forman parte de nuestro catálogo digital de publicaciones, disponible para todos los lectores del mundo, en nuestro portal institucional www.isfodosu.edu.do.

Nurys del Carmen González Durán
Rectora

P R Ó L O G O



Valoración poética de Salomé Ureña

Por Bruno Rosario Candelier

Para comprender la significación poética de Salomé Ureña en las letras nacionales hay que conocer la realidad social del pueblo dominicano en la segunda mitad del siglo XIX, así como la apelación dominante y el reto histórico de la época.

La generación literaria a la que pertenecía Salomé Ureña, la de 1870, tuvo como contexto histórico la guerra de la Restauración, como contexto ideológico el Positivismo y, como acontecimiento aglutinador, la necesidad de paz y progreso en oposición a las luchas montoneras. Entre los mentores literarios figuraban Eugenio María de Hostos, Pedro Francisco Bonó y Ulises Francisco Espaillat. La generación de Salomé Ureña surge en una sociedad sin fe en el destino del país, aunque sus dirigentes eran intelectuales y escritores que, con su pensamiento y su imaginación, asumieron un proyecto de patria, sembrando la fe en el progreso de la nación, usando la literatura como medio de concientización y la enseñanza como antídoto contra la manigua guerrillera, ya que su meta era el desarrollo nacional¹.

¹ Rosario Candelier, B. (1991). *Valores de las letras dominicanas*. PUCMM, Santiago, p. 14.

Cuando Salomé Ureña nace en Santo Domingo el 21 de octubre de 1850 el pueblo dominicano se debatía entre dos tendencias contrapuestas: por un lado, la fiera apelación de la manigua, que convocaba a la juventud a probar su hombría en las sangrientas luchas montoneras, pasión que menguó durante casi un siglo la vocación de paz y progreso del país; y por otro lado, la demanda del desarrollo nacional a través de la educación y el trabajo productivo. Para los años en que Salomé Ureña va creciendo en edad y sabiduría había una incipiente tradición literaria que impulsaron curiosamente los próceres republicanos, entre los cuales hay que destacar a Fernando Arturo de Meriño, Francisco Gregorio Billini, Manuel de Jesús Galván, César Nicolás Penson, Emilio Prud'Homme, Emiliano Tejera y Francisco Henríquez y Carvajal.

Desde niña Salomé Ureña recibió el estímulo literario en su hogar paterno. Su padre Nicolás Ureña de Mendoza cultivó una poesía localista precursora del criollismo e impulsó la vocación poética de la inquieta joven, estimulándola en la lectura de los clásicos españoles, base de su desarrollo intelectual y su sensibilidad estética. Su matrimonio con Francisco Henríquez y Carvajal potenció su vocación literaria y apuntaló su vocación docente, pues su esposo la alentó a escribir y a secundar el ideario pedagógico de Eugenio María de Hostos, y cuando le correspondió entregar al país el primer fruto de su labor educativa, la declamación de su poema «Mi ofrenda a la Patria» fue su discurso de graduación.

A través de su triple magisterio (la educación en el hogar, la docencia y la poesía), Salomé Ureña gestó un nuevo aliento a la conciencia nacional. Tuvo la certera visión de que nuestro país precisaba de su aliento remozante, de un ideario vivificador capaz de trocar el fusil por la pluma, la discordia por la unión y el vicio aniquilante de la guerrilla montonera por el trabajo productivo y creador. Y se consagró a la plasmación de ese ideal renovador y

se valió de su poesía para canalizar motivaciones e inquietudes intelectuales, estéticas y espirituales, y se instrumentó del aula para transmitir esa nueva savia redentora ya que entendía, como Horacio, que «las almas no son vasos que se han de llenar, sino antorchas que se han de encender». E intuyó, como han apreciado nuestros críticos literarios, que la belleza de la poesía inspira la verdad poética intrínseca a su virtualidad lírica, por lo cual supo combinar la poesía y la docencia en su más alta expresión creadora.

Fue pues el sentimiento de la belleza el aliento inspirador que perfiló la sensibilidad porosa y ardiente de esta mujer exquisita, y fue esa misma motivación la que prohijó en esta singular portadora el amor a su patria y a su pueblo, como se aprecia en sus más hermosas composiciones; y ese sentimiento y esa motivación hicieron posible la culminación de los valores poéticos expresados en unos versos preñados de una devoción patriótica por lo dominicano.

Nuestra poeta encarna la aspiración y el destino de la juventud, que es la superación intelectual y material conjuntamente con la transformación de la sociedad, según los ideales que gesta la conciencia y la sensibilidad. Y supo interpretar la aspiración del pueblo dominicano hacia el último tercio del siglo XIX conformando el anhelo nacional de transformación social y cultural mediante la paz, la unión y el progreso que ella articuló como la clave de su misión educativa en la acción docente, la enseñanza en el hogar y la creación poética. Salomé plasma una manera de ser de lo dominicano creando, con medios estéticos, conceptuales y espirituales, una sensibilidad afín al ser nacional y a los ideales que impulsaba.

Si Leonor de Ovando tuvo el privilegio de acunar en su lírica mística el sentimiento poético por primera vez en las letras coloniales del siglo XVI, a Salomé Ureña le cabe la gloria de perfilar y expresar en su lira patriótica el sentimiento nacional expresado en

forma artística. Es Salomé Ureña la primera mujer que asume en el siglo XIX el cultivo de la poesía con el más alto rigor artístico; es la primera mujer en expresar en nuestro país una clara conciencia patriótica y es la primera creadora en instrumentarse de la poesía para canalizar sus inquietudes sociales, estéticas y culturales.

Tuvo Salomé Ureña conciencia de la realidad histórica que le correspondió vivir. Su motivación fundamental fue el desarrollo material y espiritual de la nación, y se valió de la poesía y el magisterio para sembrar esa inquietud e inyectar su ideal. Esa motivación tenía como base el amor a la patria, el progreso de la sociedad y el cambio de mentalidad de nuestro pueblo. Para insuflar ese ideario asumió el reto histórico de su tiempo. Entendió que había que impulsar el desarrollo capitalista erradicando la secuela del haterismo tradicional y sembrando una nueva conciencia en el pueblo dominicano.

Su labor poética y educativa contribuyó efectivamente a operar ese cambio en la mentalidad de la época, por lo cual su influjo fue intenso y profundo en el desarrollo de la intección de lo dominicano, en el rechazo a la maña guerrillera y en la asunción de la paz y la concordia, canalizando a través de la poesía y la enseñanza las inquietudes transformadoras que forjó su espíritu. Ciertamente la poesía de Salomé Ureña ya no es modelo formal para proponerlo como ejemplo de imitación a nuestra juventud, pero su contenido temático es perenne y su motivación espiritual también. Su estro poético tiene la energía casi geológica que se anida en toda auténtica mujer: la de educar a sus hijos y discípulos en los valores más sanos; la de fomentar la vocación creadora en las sensibilidades creativas y generosas; y sobre todo la de impulsar las ideas de solidaridad y progreso a través de las artes y las letras.

La de Salomé Ureña era una sensibilidad ardiente y caudalosa, y esa disposición le permitía sentir el impacto de la amargura y la indolencia colectiva, y se encabritaba al constatar la ignorancia y

el atraso, y se crecía al cantar las odas a las ciencias y al progreso e insuflar el aliento redentor que gestaba su corazón en la cátedra y el verso haciendo de su lira la voz de redención y de cultura, la voz de la inteligencia y el desarrollo, la voz de la fraternidad y el amor. La fama de Salomé Ureña no radica en el hecho de que fuera la primera mujer en empuñar la lira de Garcilaso de la Vega, fray Luis de León o Gustavo Adolfo Bécquer, sino en empuñar la pluma y ponerla al servicio de la sociedad y expresar lo que sacudía su corazón preñado de ternura y pasión. Lo que distingue a Salomé Ureña es el contenido virtuoso de sus temas, la energía moral de sus composiciones y la autenticidad de sus expresiones estéticas y espirituales en las que plasma el testimonio diáfano de su percepción del mundo con la fuerza de su visión genuina y el aliento de sus inquietudes humanas. Esa expresión auténtica se vuelve angustiosa cuando describe la discordia o la indolencia cívica; edificante, cuando plasma su concepto doctrinario; emotiva, cuando añora al amigo entrañable; nostálgica, cuando evoca las ruinas coloniales; gozosa, cuando canta al porvenir de la patria; reflexiva, cuando penetra con serenidad mística en el fuero entrañable de su ínsula secreta.

Las dos grandes vertientes de la capacidad creadora de Salomé Ureña arrancan de una misma llama generadora: la vocación estética, fuerza inspiradora de su imaginación poética, y la energía espiritual de su vocación docente, aliento estimulante de su vocación social; y dichas dimensiones nacen del Eros platónico que la movía a luchar por la transformación y la renovación espiritual de la humanidad. La primera vertiente cuajó en una obra poética ejemplar, que se dio a conocer con el nombre de *Poesías escogidas*²; y la segunda, en la creación del Instituto de Señoritas que la distinguida poeta fundara en 1881 para ejecutar el plan pedagógico inspirado en la enseñanza

² Ureña, S. (1960). *Poesías escogidas*. Librería Dominicana. Ciudad Trujillo.

de Hostos y que abrió el surco hacia el desarrollo educativo, científico y humanístico en la República Dominicana. La obra poética y educativa de Salomé Ureña no solamente se plasmó en el libro y en las aulas escolares, donde desplegó su ingenio creador a favor de los demás. Tuvo el mérito «de crear una familia en la cual todos los hijos se destacan con relieve internacional como hombres de letras y como educadores»³, hecho que evidencia la alta vocación literaria y pedagógica de Salomé y la eficacia de un ideal que convirtió el hogar, la escuela y la poesía, con su ejemplo y consagración, en un semillero intelectual y artístico ilustrando el poder de la palabra en la conciencia infantil y juvenil cuando se asume con pasión apostólica.

Entre los atributos intelectuales y estéticos que distinguen la inteligencia y la sensibilidad de Salomé Ureña hay que destacar la conciencia de su rol histórico; la fe en su trabajo creador; la vocación de servicio; el entusiasmo contagioso de su prédica y su obra y el amor por lo que hacía en bien de los demás, como ella misma consignara: *Yo vengo con la fe del entusiasmo, / con esa fe que las montañas muda*. («Mi óbolo»), y en el discurso que pronunciara en la segunda investidura de sus alumnas graduandas, escribió: *...suspiraré mientras aliente por el engrandecimiento moral y material de mi país*⁴.

Esos atributos se proyectan en la creación poética de Salomé Ureña, que se manifiestan en los siguientes rasgos estéticos: a) La virtud de la belleza lírica, expresada en la gracia descriptiva y en la ternura emotiva. b) El sentido ético de su contenido, plasmado en la verdad de su ideario patriótico. c) La armonía expresiva de sus versos, articulada con la serenidad clásica y la ternura romántica de sus composiciones. *Yo soy la voz que canta*, decía Salomé Ureña en uno de sus versos, consciente de su

³ Balaguer, J. (1977). *Discursos escogidos*. Colonial, Santo Domingo, p. 64.

⁴ Ureña, S. Op.cit., p. 179.

poder creador y de su misión profética que fraguaba el potencial estético y espiritual que la distinguía, por lo cual infero estos atributos:

Sensibilidad patriótica mediante la cual toma conciencia de su vocación social y de su rol en la sociedad.

Sensibilidad espiritual mediante la cual encauza su formación intelectual y estética.

Sensibilidad humanística mediante la cual abraza el ministerio de la enseñanza para poner sus conocimientos al servicio de la sociedad.

Sensibilidad estética mediante la cual cultiva la creación a favor del ideal que la inspira.

Sensibilidad cultural mediante la cual contribuye a suplantar el llamado de la manigua por el ideal de la educación y la cultura a favor de una nueva sociedad.

Consecuente con ese talante espiritual y con esa vocación, en la lírica de Salomé Ureña hallamos temas patrióticos con cantos a la paz («Sombras»), al progreso («La gloria del progreso») y la unión («A la Patria») con tal intensidad que Pedro Henríquez Ureña aseguraba que en su madre predominaba «el deseo de hacer llegar su prédica (patriótica) a la conciencia de toda la nación»⁵. Paralelamente destacan los temas de la naturaleza con la valoración del paisaje criollo («La llegada del invierno») o la exaltación del entorno urbano («Ruinas»); y finalmente los temas entrañables con la ponderación de la familia («A mi madre»), la exaltación del amor y la virtud («A Billini») y la estimulación de lo espiritual y trascendente («El cantar de mis cantares») como los valores permanentes.

Con la poesía de Salomé Ureña cobra categoría en Santo Domingo la fuerza del sentimiento, el aliento de la imaginación y el sentido de la espiritualidad al servicio no tanto de un desahogo

⁵ Henríquez Ureña, P. Prólogo a *Poesías escogidas*, p. 8.

emocional, como postulaba el credo romántico, así como de un ideario redentor, educativo y patriótico, que dé sustento artístico al concepto de nación, motivación moral a la idea del progreso y savia espiritual al comportamiento virtuoso. Salomé Ureña no solo modifica «el sentido de nuestra poesía patriótica», como escribiera Max Henríquez Ureña, sino que en ella el verso fue «signo de concordia y de amor entre los dominicanos»⁶.

La patria en el ideario de Salomé Ureña no era solo el orden social, la realidad política, el desarrollo de los pueblos, sino que en ese concepto va envuelto el esplendor material cifrado en los palacios arquitectónicos, la expresión idílica del paisaje y el destino de la sociedad, aspectos que contrastaba con la ruina de la sociedad colonial que concitó el fervor de su lira en versos ardientes y entrañables: *¡Patria desventurada! ¿Qué anatema cayó sobre tu frente? / Levanta ya de tu indolencia extrema: / la hora sonó de redención suprema / y ¡ay, si desmayas en la lid presente! / Pero vano temor: ya decidida/ hacia el futuro avanzas; / ya del sueño despiertas a la vida, / y a la gloria te vas engrandecida / en alas de risueñas esperanzas.* («Ruinas»).

Nuestra poeta tuvo consciencia del poder verbal que la asistía. Empuñó su lira para sacudir la modorra que abatía a la nación o la indolencia que postraba a sus mejores hombres e insuflaba la energía que renueva y el aliento que vivifica. Movida por un poderoso ideal, prevalida de una alta vocación, concita su talento creador y convoca las fuerzas capaces de la renovación y el entusiasmo: *Que si mi pobre lira / calla ante el vicio y la maldad del hombre / siempre lo grande admira; / y pues que digna tu virtud me inspira, / quiero en mis trovas celebrar tu nombre...* («Homenaje a Billini»).

⁶ Henríquez Ureña, M. (1965). *Panorama histórico de la literatura dominicana*. Librería Dominicana, Santo Domingo, 2da. ed., T. I., p. 190.

Y consciente de que el verbo poético lleva en su seno el conjuro para hacer realidad lo que la intuición concibe, se vale de la palabra y con ella nombra, testimonia, anuncia, reclama y profetiza. En Salomé Ureña se siente la voz de su pueblo, el aliento de su tierra, el impulso de su fe, y así lo expresa: *yo soy la voz que canta / del polvo removiendo tus memorias, / el himno que a tus triunfos se adelanta, / el eco de tus glorias... / No desmayes, no cejes, sigue, avanza: / ¡tuya del porvenir es la esperanza!*. («Luz»).

Si hay un poema que puede representar la dimensión estética y espiritual de Salomé Ureña ese es «Sombras»⁷ que ostenta la más alta cima lírica de la poeta dominicana y logra la más alta evolución del género en las letras nacionales por la perfección de sus estrofas y el aliento emocional de su expresión. En ese poema se aprecia la gallardía de la pasión vital de un alma generosa y sensible: *Alzad del polvo inerte, / del polvo arrebatad el alma mía, / melancólicos genios de mi suerte / Buscad una armonía / triste como el afán que me tortura, / que me cercan doquier sombras de muerte / y rebosa en mi pecho la amargura*.

Salomé Ureña escribió lo que la inspiró por la convicción del rol histórico que le correspondió desarrollar, la fe en su talento creador, la vocación de su trabajo y el amor que sentía en hacer lo que hizo a favor de su pueblo. Por eso en las ocasiones memorables de su misión profesional asume la lira y canta: *¡Hace ya tanto tiempo!... Silenciosa, / si indiferente no, Patria bendita, / yo he seguido la lucha fatigosa / con que llevas de bien tu ansia infinita. / Ha tiempo que no llena / tus confines la voz de mi esperanza, / ni el alma, que contigo se enajena, / a señalarte el porvenir se lanza*. («Mi ofrenda a la Patria»).

Al leer la poesía de Salomé Ureña podemos valorar la naturaleza sensible de esta singular mujer a la que sacudía la discordia

⁷ Carlos Federico Pérez subraya el alto nivel de pureza retórica en la lírica de Salomé Ureña en *Evolución poética dominicana*. Poblet, Buenos Aires, 1956, p. 133.

ciudadana; le atormentaba la indolencia o la injuria; le estremecía la ausencia del amado y la angustiaba la enfermedad del hijo. Con un registro expresivo marcado por la ternura lírica intensa y fecunda, esta grandiosa portalira nuestra se entusiasmaba ante «la nube de oro y grana», o «ante la brisa que solloza en sus escombros» o frente a «la tórrida lumbre» vespertina. Con cálida emoción fija su mirada amorosa, tierna y dulce, con un registro lírico intensamente emotivo, tal como correspondía a una auténtica sensibilidad romántica como la suya, que vibraba con el esplendor de la naturaleza, con la caricia del amor o el aliento del espíritu: *¿Por qué te asustas, ave sencilla? / ¿Por qué tus ojos fijas en mí? / Yo no pretendo, pobre avecilla, / llevar tu nido lejos de aquí. / Aquí, en el hueco de piedra dura, / tranquila y sola te vi al pasar, / y traigo flores de la llanura, / para que adornes tu libre hogar.* («El ave y el nido»).

Cuando Salomé Ureña se recoge en su interior profundo y ausculta la conciencia humana, explora el sentido de la vida, los aletazos que el misterio insufla en los espíritus sublimes y la dramática ansiedad que nubla el corazón angustiado de la madre ante el lecho de uno de sus hijos para encumbrarse, con elevada inspiración, al ámbito trascendente de la meditación espiritual, como se apreciaba en «En horas de angustia» o cuando exalta la vertiente sagrada que apela el alma en su anhelo místico: *¡Oh musa! El vuelo tiende / sobre la cumbre del Tabor radiante, / y, al fuego de la llama en que se enciende / la nube centellante, / alza de gloria el cántico triunfante. / Y di cómo en su altura, / postrado el Cristo en oración sublime, / al cielo eleva la mirada pura; / mas no el pesar le oprime / ni acongojado en su plegaria gime.* («La transfiguración»).

La elevación espiritual es una nota poco señalada en la lírica de Salomé Ureña ya que la vertiente patriótica de su temática arroja la ladera trascendente, ámbito sublime de una apelación secreta y entrañable que la sienten los seres humanos en

algún momento de su existencia porque en cualquier ámbito del mundo o de la vida aflora la llamada de lo divino. Y era natural que una mujer tan sensible y tan porosa a los valores permanentes, como era Salomé Ureña, sintiera la garra de lo Eterno con el aliento subyugante del misterio y la apelación inconsútil de lo Alto. Y esa apelación llega al alma de nuestra poeta cuando ella realiza su propia introspección y saborea la «soledad sonora», y el silencio indecible, y el sentido profundo de las cosas en una lira influida por la voz inmortal de fray Luis de León: *Al soberano acento, de la nada / apareció a la vida / radiante la creación estremecida; / y en rápida carrera concertada / mundos poblaron la extensión vacía / ligados por incógnita armonía. / Y llenan de espacio las regiones / sonidos inmortales, / prelude de las voces celestiales, / palpitantes, ignotas vibraciones / que absorba el alma a percibir alcanza / en horas de ilusión y esperanza.* («A la música»).

A Salomé Ureña no la seducía únicamente el aspecto formal de la poesía, pues para ella la literatura era instrumento de concientización y acción. La poesía no se inventó solo para crear belleza, aunque su expresión forme parte de su naturaleza intrínseca por su condición lírica, estética y simbólica, sino para sembrar un ideal de vida, canalizar un contenido relevante y plasmar verdades espirituales. Salomé Ureña se valió de la poesía para impulsar su ideario de transformación y desarrollo, sintiéndose poseída, como efectivamente se sintió, por «el fuego fecundante de la idea» para inyectar un nuevo aliento de vida, de acción y de esperanza. Mediante la creación poética dio aliento a los valores sociales, culturales y trascendentes. Exaltó la paz y la unión, el bien y la verdad, el trabajo y la libertad, la integridad y el amor. En la visión del paisaje aflora el sentimiento humanista de esta mujer creadora, pues al tiempo que prodigaba la visión idílica de la naturaleza, también le inspiraba entusiasmo, sosiego y belleza: *siempre mis aguas tendrán rumores, / blancas espumas mi mar azul, / mis tiernas aves cantos de amores, / gala mis campos,*

vida mis flores, / mi ambiente aromas, mi esfera luz. («La llegada del invierno»).

He ahí la expresión clave que proyecta el encanto poético de Salomé Ureña por cuanto ella irradiaba luz, gracia y belleza. Y contó con la sensibilidad y la inteligencia para elaborar una estrategia creadora combinando el rigor severo de la retórica clásica con la ternura emotiva de la estética romántica. Y esa capacidad determinó el rasgo saliente en la lírica de Salomé Ureña para interpretar poéticamente las aspiraciones sociales y culturales de los hombres y mujeres de su tiempo. Nadie como Salomé Ureña para interpretar el sueño de su generación y comunicar creadoramente la vocación social que concitaba su lira, la apelación espiritual que insuflaba su numen y la motivación trascendente que articulaba su fe. Cuando le sorprende la muerte, el 6 de marzo de 1897, había consumado la obra a la que se consagró con pasión redentora.

Para escribir su obra literaria y hacer la obra educativa que realizó hubo de anidarse en el hondón de la sensibilidad de esta mujer extraordinaria una llama interior que inflama la conciencia, enciende el corazón y concita el ideal a favor del hogar, la escuela y la nación para incendiar la fragua que purifica y la antorcha que ilumina los átomos ardientes del corazón y la esperanza.

Creado para el coloquio sobre la obra de Salomé Ureña.
Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.
Santo Domingo, República Dominicana, 3 de abril de 1997.

Referencias bibliográficas

- Balaguer, J. (1977). *Discursos escogidos*, Santo Domingo, Colonial.
Henríquez Ureña, M. (1965). *Panorama histórico de la literatura dominicana*, Santo Domingo, Librería Dominicana.
Pérez, C. F. (1956). *Evolución poética dominicana*, Buenos Aires, Poblet.
Rosario Candelier, B. (1991). *Valores de las letras dominicanas*, Santiago, PUCMM.
Ureña, S. (1960). *Poesías escogidas*, Ciudad Trujillo, Librería Dominicana.

ΠΟΕΣΙΑΣ



A LA PATRIA



RECUERDOS A UN PROSCRITO

Al Sr. D. Alejandro Román.

¡Oh Patria, voz divina, sublime y dulce nombre,
a cuyo acento el alma palpita de emoción;
palabra sacrosanta que encierras para el hombre
cuanto hay aquí en el mundo de grato al corazón!

Tú guardas de mi infancia las risas hechiceras;
tú guardas el idilio del maternal amor;
aquí ensayó mi lira sus cánticas primeras;
aquí entregó a los vientos sus notas de dolor.

Así, aunque de otras playas jamás me vi en la arena
ni de otros horizontes las líneas contemplé,
concibo del proscrito la abrumadora pena,
y su mortal angustia por tu ascendiente sé.

Y sé cuán dulce llega, al pecho dolorido
del que entre ajenos lares la suerte desterró,
un eco, una memoria del suelo bendecido
do el beso de una madre primero recibió.

Por eso yo un recuerdo te mando enternecida,
a ti que solo vagas, proscrito del edén
que guarda tus afectos, la historia de tu vida,
que guarda de mi vida las páginas también.

Momentos hay que triste parece que te miro
vagar meditabundo, sumido en ansiedad,
y envuelta una memoria del alma en un suspiro
temblando entre la brisa te manda mi amistad.

Si alguna vez tu frente se dobla pensativa
con pena recordando tus goces y tu hogar,
también los que aquí siempre te amamos con fe viva
tenemos horas lentas de triste meditar.

¡Si vieras, caro amigo, si vieras qué mudanza
el tiempo y los dolores obraron en mi ser!
¡Si vieras cuánto sueño de gloria y esperanza
mi mente sorprendida miró desvanecer!

¡Ay, cuántas, cuántas veces en mi dolor vehemente
tu ausencia ha deplorado mi triste corazón!
Pensaba que tú fueras aquí mi confidente
y hallara en tus palabras consuelo mi aflicción.

Mas ¡ah! que tras de tantos recónditos pesares
como de angustia el alma transida devoró,
volver seguro debes a tus amantes lares,
al suelo bendecido que nunca te olvidó.

Y entonces contemplando, ya libre de congojas,
de nuestros verdes campos la pompa tropical,
oyendo los deliquios del aura con las hojas,
gozando de las aves la música ideal,

así como a la sombra contara a sus amigos
el hijo de los bosques la historia de su amor,
así bajo las palmas, de tu placer testigos,
nos contarás tu ausencia, tus horas de dolor.

Y entonces te diremos con lánguida ternura
también nuestros dolores, que haránte conmover;
y entonces, solo entonces, sabrás nuestra amargura
y nuestras horas lentas de lento padecer.

En tanto, solo puede mi afecto dilatado
mandarte una protesta sincera de su fe;
decirte que, del alma por siempre venerado,
doquiera tu recuerdo conmigo llevaré.

¡Adiós! Cuando discurra la brisa bulliciosa,
rumores de la Patria fingiéndote al pasar,
entonces en mí piensa, que, siempre cariñosa,
te mando entre sus alas recuerdos del hogar.

1872



LA GLORIA DEL PROGRESO*

A la sociedad «La Juventud».

No basta a un pueblo libre
la corona ceñirse de valiente;
no importa, no, que cuente
orgulloso mil páginas de gloria,
ni que la lira del poeta vibre
sus hechos pregonando y su victoria,
cuando sobre sus lauros se adormece
y al progreso no mira,
e, insensible a los bienes que le ofrece,
de sabio el nombre a merecer no aspira.

El mundo se conmueve
cual de una fuerza mágica impulsado;
el progreso su luz extiende breve
desde la zona ardiente al mar helado
y vida y movimiento a todo imprime.

* Fue la primera composición en que la autora expresó su ansia patriótica de progreso. A pesar de los defectos juveniles que en ella se advierten, fue muy elogiada en la prensa de las Antillas. (Las notas explicativas corresponden a la versión original).

Por eso las naciones convocadas
en lucha tan sublime
dispútanse agrupadas
el lauro insigne del saber divino
y cada pueblo aspira
a llenar con honor su alto destino.
Lucha sublime, sí, donde se mira
en héroe convertido al ciudadano
ceñir triunfante la inmortal corona,
desde el pobre artesano
que en su taller humilde se aprisiona
hasta el genio que escala el firmamento
y fija al ígneo sol su inmovible asiento.

Contemplad al que atento y cuidadoso
se desvela en su estancia, retirado,
indagando la ciencia. Al que afanoso
sorprende los secretos de natura,
y con mano segura
al lienzo los traslada trasportado.
Mirad al que, domando
del mármol o del bronce la dureza,
de forma le reviste y de belleza;
al hábil arquitecto que elevando
hasta el cielo la cúpula gigante,
sublime y arrogante,
parece desafiar del tiempo cano
la destructora acción. Ved al que ufano
el ánimo sorprende y maravilla
trocando fácil con su diestra mano
en deslumbrante vidrio humilde arcilla;
al incansable obrero
que sobre su telar constante vela,

que sin cesar se afana,
y con prolijo esmero
hace que de algodón o tosca lana
brote bajo sus dedos rica tela;
al que tenaz horada las montañas
y en sus rudas entrañas
abre a la industria salvadora senda;
al que su rica hacienda
no consume en estéril opulencia,
y con afán loable
acorre presuroso a la indigencia,
y el pan de la instrucción le brinda afable.
Mirad al que a su imperio
hace que salve el líquido elemento
y atraviese, más rápida que el viento,
la palabra veloz otro hemisferio.
Miradlos todos, vedlos agrupados
oponer una valla al retroceso:
ellos son los guerreros denodados
que forman la vanguardia del progreso.

¡Oh, dichosas mil veces las naciones
cuyos nobles campeones,
deponiendo la espada vengadora
de la civil contienda asoladora,
anhelan de la paz en dulce calma
conquistar del saber la insigne palma!
Esa del genio inmarcesible gloria
es el laurel más santo,
es la sola victoria
que sin dolor registrará la historia
porque escrita no está con sangre y llanto.

¡Oh juventud, que de la Patria mía
eres honor y orgullo y esperanza!
Ella entusiasta su esplendor te fía,
en pos de gloria al porvenir te lanza.
Haz que de ese profundo
y letárgico sueño se levante,
y, entre el aplauso inteligente, al mundo
el gran *hosanna* del Progreso cante.

1873



A LOS DOMINICANOS

Los que anheláis del templo de la gloria
la Patria levantar a lo eminente;
que supisteis luchar heroicamente
por darle en los anales de la historia
el renombre de un pueblo independiente,

venid y saludad la nueva aurora
que baña en luz la dilatada esfera;
saludad la celeste mensajera
que en nombre de la unión, que el libre adora,
abre del bien la suspirada era.

Y vosotros que el cáliz de amargura
distantes apuráis de vuestros lares,
salvad gozosos los tendidos mares,
volved a saludar en la llanura
de la Antilla preciada los palmares.

Volad a recibir el tierno abrazo
de la madre amorosa que os dio vida,
y juradle con voz enternecida,
cuando os miréis en su feliz regazo,
darle otra vez la majestad perdida.

Todos venid, y en fraternal alianza
estrechad vuestros nobles corazones,
reprimid de la guerra las pasiones,
y revivan, al sol de la esperanza,
del patriota las dulces ilusiones.

Y pues grandes ayer en Capotillo
asombro fuisteis a la hispana gente,
aún reclama el esfuerzo del valiente
para dar a sus triunfos nuevo brillo
Quisqueya la gentil, la independiente.

Mas deponed la poderosa espada
con que abríis el camino a la victoria;
guardadla, de hechos grandes en memoria:
que en esta nueva singular cruzada
no será de las armas la alta gloria.

Unidos, con intrépida constancia,
el firme pecho de virtud seguro,
salvad triunfantes el altivo muro
que levanta en su orgullo la ignorancia,
y arrancad al error su cetro impuro.

Ya os brinda el triunfo su gloriosa palma
¡oh de mi Patria nobles campeones!
Atónitas os miran las naciones
al progreso elevar en grata calma
con honra y libertad nuevos pendones.

Dando al olvido vuestro ciego encono,
al ara de la paz tended la mano,
y con vivo entusiasmo soberano
asegurad en su perdido trono
a la reina del piélago antillano.

Enero de 1874



A LA PATRIA*

Desgarra, Patria mía, el manto que vilmente,
sobre tus hombros puso la bárbara crueldad;
levanta ya del polvo la ensangrentada frente,
y entona el himno santo de unión y libertad.

Levántate a ceñirte la púrpura de gloria
¡oh tú, la predilecta del mundo de Colón!
Tu rango soberano dispútale a la historia,
demándale a la fama tu lauro y tu blasón.

Y pídele a tus hijos, llamados a unión santa,
te labren de virtudes grandioso pedestal,
do afirmes para siempre la poderosa planta,
mostrando a las naciones su título inmortal.

* La autora publicó estos alejandrinos con la siguiente nota: «Esta composición no alude a hechos de tal o cual gobierno determinado, pues desde nuestra independencia política principió a ensayarse el bárbaro sistema al que regresábamos».

Y deja, Patria amada, que en el sonoro viento
se mezclen a los tuyos mis himnos de placer;
permite que celebre tu dicha y tu contento,
cual lamenté contigo tu acerbo padecer.

Yo vi a tus propios hijos uncirte al férreo yugo,
haciéndote instrumento de su venganza cruel;
por cetro te pusieron el hacha del verdugo,
y fúnebres cipreses formaron tu dosel.

Y luego los miraste proscritos, errabundos,
por playas extranjeras llorosos divagar;
y tristes y abatidos los ojos moribundos
te vi volver al cielo cansados de llorar.

Tú sabes cuántas veces con tu dolor aciago
lloré tu desventura, lloré tu destrucción,
así cual de sus muros la ruina y el estrago
lloraron otro tiempo las hijas de Sion.

Y sabes que, cual ellas, colgué de tus palmares
el arpa con que quise tus hechos discantar,
porque al mirar sin tregua correr tu sangre a mares
no pude ni un acorde sonido preludiar.

Mas hoy que ya parece renaces a otra vida,
con santo regocijo descuelgo mi laúd,
para decir al mundo, si te juzgó vencida,
que, fénix, resucitas con nueva juventud;

que ostentas ya por cetro del libre el estandarte
y por dosel tu cielo de nácar y zafir,
y vas con el progreso, que vuela a iluminarte,
en pos del que te halaga brillante porvenir;

que ya tus nuevos hijos se abrazan como hermanos,
y juran devolverte tu augusta dignidad,
y entre ellos no se encuentran ni siervos ni tiranos,
y paz y bien nos brindan unión y libertad.

¡Oh Patria idolatrada! Ceñida de alta gloria
prepárate a ser reina del mundo de Colón:
tu rango soberano te guarda ya la historia,
la fama te presenta tu lauro y tu blasón.

1874



DIEZ Y SEIS DE AGOSTO

Tendida muellemente
sobre su lecho de flotante espuma,
sin ver la densa bruma
que el cielo de sus glorias envolvía,
Quisqueya, en abandono, indiferente,
al rumor de sus olas se adormía.

Y, en su fugaz letargo,
no vio de la ambición la hidra gigante
por un metal brillante
honor sacrificando y patriotismo,
un porvenir en esperanzas largo
hundir ¡oh Dios! en el profundo abismo.

Cual fatigado atleta
cayó de libertad la fiel divisa;
del trópico la brisa
triste plegó sus alas sin mancilla,
por no agitar, al discurrir inquieta,
el pabellón extraño de Castilla.

Del libre la alta palma
destrozada inclinó la erguida frente;
el pecho del valiente
de secreto dolor se estremecía;
Quisqueya, en tanto, en aparente calma,
al rumor de sus olas se adormía.

Mas, de arrogancia lleno,
dicta el ibero servidumbre y muerte
por ley al pueblo fuerte,
y Quisqueya sacude su desmayo
al oprimir su delicado seno
el arnés de los hijos de Pelayo.

Levántase indignada
buscando el lema con su sangre escrito;
y a su potente grito,
presintiendo el baldón de su fortuna,
temblaron las legiones que en Granada
miraron a sus pies la media luna.

Osténtase en la liza
de la Cruz el magnífico oriflama;
en pos de eterna fama
se agrupan a su sombra mil leales,
cuyos triunfos, que el tiempo inmortaliza,
fatigaron los ecos nacionales.

Y el grito de victoria
se extendió por el valle y la montaña,
y en vano, en vano España
sofocarlo intentó con su bravura;

que Quisqueya en los campos de la gloria
a su orgullo cavó tumba segura.

Y cual ejemplo fiero
y escarmiento tal vez de otras naciones,
por tierra los pendones,
confusas, destrozadas y vencidas,
vuelta la faz al aterrado ibero,
devolvióle sus huestes aguerridas.

¡Honor, eterna gloria
de Agosto a los gigantes adalides,
que en desiguales lides,
luchando con la fe del patriotismo,
la grandeza volvieron a su historia,
dando ruda lección al despotismo!

De lauros mil ceñida
por ellos hoy la Patria alza la frente,
y con afán ardiente,
bañada por el sol de la esperanza,
en pos de nueva luz, de nueva vida,
al porvenir intrépida se lanza.

1874



HOMENAJE A BILLINI*

De admiración henchida,
al sacro fuego que mi mente inflama
levanto conmovida
un himno fiel de gratitud sentida
que tu ejemplar abnegación reclama.

Que si mi pobre lira
calla ante el vicio y la maldad del hombre,
siempre lo grande admira;
y pues que digna tu virtud me inspira,
quiero en mis trovas celebrar tu nombre:

tu nombre bendecido,
que adora el pueblo fiel dominicano,
y siempre repetido

* El canónigo Francisco Xavier Billini, fundador del Colegio de San Luis Gonzaga y del Hospicio de Beneficencia.

se escucha con amor del desvalido,
del niño tierno, del inerme anciano;

tu nombre, que venera
la nueva juventud que se levanta,
de quien la Patria espera
ciencia y honor y gloria duradera,
fruto del germen que tu celo planta.

Tú, con afán ardiente,
un templo elevas al saber amigo,
y la razón naciente
corre a buscar de la instrucción la fuente
bajo tu dulce paternal abrigo.

Y lleno de entereza
vas preparando, por tu amor llevado,
un trono de grandeza
al porvenir que a vislumbrar empieza
este suelo de luz infortunado.

¡Espíritu sediento
que en pos del bien y la virtud caminas!
En triste abatimiento
nunca se torne el vigoroso aliento
que te da impulso en tu misión divina.

Tan ejemplar desvelo
bien de los hombres y alto honor merece;
pero tu noble anhelo
tiende más lejos su gigante vuelo,
y albergue y pan a la indigencia ofrece.

¡Genio de paz sublime
que alivio das con tus virtudes bellas
al que en angustia gime!
A cada paso que tu planta imprime
dejas grabadas de tu amor las huellas.

Ministro digno y santo
del Dios de caridad omnipotente,
que calmas el quebranto
y das consuelo al llanto
de la afligida humanidad doliente:

si grato es a tu alma
el respeto de un pueblo que te admira,
contempla en dulce calma
de tanto afán la merecida palma
y oye el aplauso que tu nombre inspira.

Escucha en tu alabanza
la voz de gratitud que al cielo sube,
y el himno de esperanza
que alza la Patria y hasta Dios avanza
como de incienso vaporosa nube.

1875



RUINAS*

Memorias venerandas de otros días,
soberbios monumentos,
del pasado esplendor reliquias frías,
donde el arte vertió sus fantasías,
donde el alma expresó sus pensamientos:

al veros ¡ay! con rapidez que pasma
por la angustiada mente
que sueña con la gloria y se entusiasma
discurre como alígero fantasma
la bella historia de otra edad luciente.

¡Oh Quisqueya! Las ciencias agrupadas
te alzaron en sus hombros
del mundo a las atónitas miradas;

* Habla de las ruinas de la Universidad, de los conventos y de los palacios de la época colonial, cuando Santo Domingo se ufanaba llamándose Atenas del Nuevo Mundo.

y hoy nos cuentas tus glorias olvidadas
la brisa que solloza en tus escombros.

Ayer, cuando las artes florecientes
su imperio aquí fijaron,
y creaciones tuvistes eminentes,
fuiste pasmo y asombro de las gentes,
y la Atenas moderna te llamaron.

Águila audaz que rápida tendiste
tus alas al vacío
y por sobre las nubes te meciste:
¿por qué te miro desolada y triste?
¿dó está de tu grandeza el poderío?

Vinieron años de amarguras tantas,
de tanta servidumbre,
que hoy esa historia al recordar te espantas,
porque inerme, de un dueño ante las plantas,
humillada te vio la muchedumbre.

Y las artes entonces, inactivas,
murieron en tu suelo,
se abatieron tus cúpulas altivas,
y las ciencias tendieron, fugitivas,
a otras regiones, con dolor, su vuelo.

¡Oh mi Antilla infeliz que el alma adora!
Doquiera que la vista
ávida gira en tu entusiasmo ahora,
una ruina denuncia acusadora
las muertas glorias de tu genio artista.

¡Patria desventurada! ¿Qué anatema
cayó sobre tu frente?

Levanta ya de tu indolencia extrema:
la hora sonó de redención suprema
y ¡ay, si desmayas en la lid presente!

Pero vano temor: ya decidida
hacia el futuro avanzas;
ya del sueño despiertas a la vida,
y a la gloria te vas engrandecida
en alas de risueñas esperanzas.

Lucha, insiste, tus títulos reclama:
que el fuego de tu zona
preste a tu genio su potente llama,
y entre el aplauso que te dé la fama
vuelve a ceñirte la triunfal corona.

Que mientras sueño para ti una palma,
y al porvenir caminas,
no más se oprimirá de angustia el alma
cuando contemple en la callada calma
la majestad solemne de tus ruinas.

1876



27 DE FEBRERO

¡Oh fecha generosa
que el patriota saluda y reverencia;
en que libre flotara victoriosa
la enseña de la patria independencia!

En que a la voz de fama,
de *Dios y Libertad*, el fuerte acero
requiriendo a la lid, que el pecho inflama,
triunfar o perecer juró el guerrero.

Y la servil librea
al desechar audaz, con ira santa,
entre aplausos de asombro, gigantea,
espléndida, Quisqueya se levanta.

¡Venciste, oh Dios, qué gloria!
Venciste, Patria, y tu preclaro nombre
con destellos de luz graba la historia,
y te tributa admiración el hombre.

Mas ¡ah! ¿piensas que basta
ese triunfo de hazañas y grandezas?
¡A más altura tu bandera enasta!
De otra lucha te aguardan las proezas.

Convoca tus legiones,
no ya el festín de la matanza fiera,
sino a la santa lid de las naciones
donde el talento vencedor impera;

donde el soldado errante
su ingénito valor, su fuerza augusta,
templa del orden al respeto amante
y del trabajo en la gallarda justa.

Tus campos sin cultivo,
que se dilatan bajo un sol de fuego,
en su vigor aguardan primitivo
de fecundante paz el blando riego.

Aguardan, del celoso
y activo agricultor, vastos plantíos
que tu crédito alzando poderoso
te den aliento y esperanza bríos.

De la segur al filo
dobleguen la cerviz tus selvas graves,
para dar a los pueblos un asilo,
vida al comercio, y a los puertos naves.

¡Ay, abre nuevas sendas;
que se levante el sol, y el iris raya,
y el progreso benéfico sus tiendas
viene a sentar en tu desierta playa!

Acoge al huésped regio
que a ti se acerca recorriendo climas,
y albergue digno a su esplendor egregio
presurosa levántale en tus cimas.

Acude, que la suerte
le conduce feliz a tus regiones;
y grande, y libre, y poderosa, y fuerte,
de la industria llevando los blasones,

la que hoy en tus baluartes
enseña nacional la brisa ondea,
tremolando en el templo de las artes,
de nueva gloria monumento sea.

Febrero de 1877



LA LLEGADA DEL INVIERNO

Llega en buena hora, mas no presumas
ser de estos valles regio señor,
que en el espacio mueren tus brumas
cuando del seno de las espumas
emerge el astro de esta región.

En otros climas, a tus rigores
pierden los campos gala y matiz,
para las aguas con sus rumores,
no hay luz ni brisas, mueren las flores,
huyen las aves a otro confín.

En mi adorada gentil Quisqueya,
cuando el otoño pasando va,
la vista en vano busca tu huella:
que en esta zona feliz descuella
perenne encanto primaveral.

Que en sus contornos el verde llano,
que en su eminencia la cumbre azul,
la gala ostentan que al suelo indiano

con rica pompa viste el verano
y un sol de fuego baña de luz.

Y en esos campos donde atesora
naturaleza tanto primor,
bajo esa lumbre que el cielo dora,
tiende el arroyo su onda sonora
y alzan las aves tierna canción.

Nunca abandonan las golondrinas
por otras playas mi hogar feliz:
que en anchas grutas al mar vecinas
su nido arrullan, de algas marinas,
rumor de espumas y auras de abril.

Aquí no hay noches aterradoras
que horror al pobre ni angustia den,
ni el fuego ansiando pasa las horas
de las estufas restauradoras
que otras regiones han menester.

Pasa ligero, llega a otros climas
donde tus brumas tiendas audaz,
donde tus huellas de muerte imprimas,
que aunque amenaces mis altas cimas
y aunque pretendas tu cetro alzar,

siempre mis aguas tendrán rumores,
blancas espumas mi mar azul,
mis tiernas aves cantos de amores,
gala mis campos, vida mis flores,
mi ambiente aromas, mi esfera luz.

1877



LA FE EN EL PORVENIR

A la sociedad «Amigos del País».

Cual gladiador valiente
que al circo peligroso se abalanza
y lidia tenazmente,
trémulo de valor y de esperanza,
y solo cesa en la tremenda lucha
cuando aclamarse vencedor escucha;
tal, de entusiasmo llena,
se lanza audaz la juventud fogosa
con pecho firme en la vital arena.
El alma generosa,
de impaciencia y ardor estremecida,
rasgar intenta del futuro el velo,
penetrar los misterios de la vida,
salvar los mundos, escalar el cielo.

Eterna soñadora
de triunfos y grandezas inmortales,
con viva luz sus horizontes dora.
Decidle que ideales
son los portentos que su mente crea,

que es vana la esperanza que la agita:
triunfante al orbe mostrará su idea
si le infunde valor la fe bendita.

¡Ah, no la detengáis! Dejad que ardiente
de su noble ambición el rumbo siga;
dejadla al cielo levantar la frente;
dejad que un rayo de esa lumbre amiga
su corazón encienda,
y la veréis inquebrantable, osada,
por el honor y la virtud llevada,
lauros segar en su espinosa senda.

Si el arte peregrino
con sus prodigios mágicos la alienta,
dejadla proseguir en su camino;
que allá a lo lejos brilladora palma
un futuro de gloria le presenta,
y a conquistarla volará su alma.

Si al campo de la ciencia
con entusiasta admiración la guía
ansiosa de saber su inteligencia,
espacio dadle, y triunfadora un día
veréis cuál se levanta,
leyes dictando a la creación entera,
la tierra a sujetar bajo su planta
y a medir de los astros la carrera.

Dejadla proseguir. ¡Ay del que nunca
sintió inflamarse en entusiasmo santo,
y de la Patria la esperanza trunca!

Miserable existir, inútil vida
la que se aduerme en el error, en tanto
que en lucha activa se estremece el mundo,
siguiendo tras la luz apetecida
de gloria y bienestar germen fecundo.

Avanza ¡oh juventud! lucha, conquista
del bien supremo la eminente cumbre,
tiende al futuro la impaciente vista,
y a la fulgente lumbre
que allá te muestra tu inmortal anhelo,
con la virtud por guía,
sigue inspirada de tu mente el vuelo
y llévete doquieras tu osadía.

Atleta infatigable,
del bien y el mal en la contienda ruda,
te alzarás invencible, formidable,
si el entusiasmo, si la fe te escuda.
Que atraviese tu voz el aire vago
las almas convocando a la victoria:
tuya es la lucha del presente aciago,
tuya será del porvenir la gloria.

1878



EN LA MUERTE DE ESPAILLAT

¿Qué acento de amargura,
del Yaque hasta el Ozama, en raudó vuelo,
cruza en el viento que gimiendo pasa?
¿Qué nueva infausta difundir procura?
¿Qué nuevo desconsuelo,
qué angustia nueva el corazón traspasa
y a Quisqueya infeliz cubre de duelo?

Nuncio de muerte y luto
que al alma libre estremeciendo llega
y una lágrima fiel pide en tributo;
llanto de amor con que la tumba riega
del hombre esclarecido
el pueblo en sus entrañas conmovido.

Sí, que la noche eterna
cayó sobre la frente del patriota,
del alma inmaculada y grande y tierna:
por eso el llanto de los ojos brota,
y la Patria lamentase, no en vano,

y acongojada en su dolor se agita:
que ha perdido el deber un ciudadano,
y un defensor la libertad bendita.

¡Oh Patria sin ventura!
¡Cómo sucumben los que el pecho fuerte
supieron con bravura
exponer en defensa de tu suerte!
¡Cómo sucumbe el adalid preclaro
que a restaurar tus fueros
en tus horas de triste desamparo
a salvarte voló con los primeros!
Soldado de la Patria generoso,
nunca rindió su corazón honrado,
de honores ni de mando codicioso.
Si el triunfo deseado
su esfuerzo coronó, su heroico empeño,
gozarlo quiso en el hogar tranquilo,
y de sí mismo y de sus obras dueño,
haciendo el bien sin esperar renombre,
a la par le siguieron en su asilo
la admiración y la maldad del hombre.

¡Ah, cómo yaces desolada y triste,
oh Patria de los grandes, oh Quisqueya!
¡Cómo en tu frente que la sombra viste
la desgracia y el mal graban su huella!
Abate el pabellón de las victorias,
que se desploman con fragor violento
las soberbias columnas de tus glorias.
Y el que fue timbre tuyo y ornamento
no habita ya tus lares,

ejemplo a las virtudes militares;
ni ya su diestra mueve
la pluma que dictó consejos sabios,
ni más responde a la calumnia aleve
con la paz y el perdón sobre los labios.

Quisqueya, tú que un día
le alzaste en triunfo a presidir tu suerte
y admiraste su honor y su hidalguía,
ven, y en su tumba vierte
las lágrimas de amor, las bendiciones
que merecen los grandes corazones.
Inclínate y escucha:
del seno de esa tumba esclarecida
se eleva conmovida
voz que la unión y la concordia clama,
y los males deplora de tu lucha,
y al goce de la paz tus hijos llama.
Restaña tus heridas,
de la civil discordia fruto aciago;
levanta tus miradas abatidas;
mira del porvenir el fiero amago
que amenaza tal vez con golpes ciertos
convertir tus ciudades en desiertos
y tus campiñas en sangriento lago.
¡Ah! Si el dolor pudiera
del yugo redimirte con que fiera
la furia del error tu frente oprime,
de tus timbres gloriosos en ultraje,
hoy ofrecieras al varón sublime
la paz del porvenir en homenaje.

¡Y no! Que sorda al ruego
la senda propia del abismo marcas,
pábulo dando al devorante fuego
que consume tus fértiles comarcas.
Mas yo, que en mi quebranto
la esperanza del bien para ti aliento,
y conmovida tus victorias canto
y tu dolor lamento,
sigo esperando con tenaz porfía
de paz el claro día
y rindo al justo en despedida eterna
de ardiente gratitud lágrima tierna.

1878



A QUI8QUEYA

¿Será que al grito solo
del combate feroz estremecida
valor y fuerza y vida
despliegues ¡ay! con insensato alarde,
mientras cunde la luz de polo a polo
y en noble sed el universo arde?

¿No sientes cual se agita
en sus cimientos conmovido el orbe,
y sin traba que estorbe
del genio activo el vigoroso vuelo,
en pos de la verdad se precipita,
de la ignorancia desgarrando el velo?

¿Por qué tu sola yaces
insensible a esa vida de victorias,
de perdurables glorias,
a ese triunfo inmortal del pensamiento
y del bien a la lucha no renaces
y sigues del progreso el movimiento?

Contempla las naciones
en muchedumbre férvida agruparse,
ufanas levantarse
y de entusiasmo y confianza llenas,
del arte y de la industria los blasones
en justa lid a disputar serenas.

¿No ves? Las que cobija
con su palio de luz la ardiente zona;
las que eternal corona
ciñen del norte los perennes hielos,
con la mirada en el futuro fija
confunden en un punto sus anhelos.

Y todas, en la frente
de esperanza feliz llevando un rayo,
en generoso ensayo
las fuerzas nobles del talento miden,
y la palma conquistan eminente,
y víctores los ámbitos despiden.

Tú sola, de ese gremio
desconocida, en tu confín vegetas,
y al yugo te sujetas
en que el error con mengua te aprisiona,
cuando el trabajo y el saber en premio
ciñen de gloria la triunfal corona.

Es esa la lid santa
en donde el siglo a combatir te reta;
donde tu vida inquieta,
que en contiendas inútiles se agota,

ensayando vigor y fuerza tanta
fecunde el germen que en tu seno brota.

¡Quisqueya! Tú, la libre
del antillano piélago en las olas,
la que el pendón tremolas
de las naciones que la gloria exalta:
¿cuándo será que en el espacio vibre
la fama de tu gloria en voz más alta?

¿Cuándo será que altiva,
regenerada por el bien te eleves,
y de tu industria lleves
al festín de los pueblos muestra rara,
y un puesto pidas en la lucha activa
en que el triunfo sus lauros te prepara?

¿Qué importa el alto nombre
con que premió la libertad un día
tu ingénita osadía?
¿Qué importa, si olvidada en lo profundo
nunca tu historia la recuerda el hombre,
nunca tu fama la repite el mundo?

Llega con pie seguro
del templo del saber a los dinteles,
conquista los laureles
de la virtud y de la ciencia humana,
y el velo desgarrando del futuro
muéstrate al orbe de tu gloria ufana.

Entonces, de la cumbre
de la fortuna en elevado asiento,
tendiendo el pensamiento
libre y seguro al porvenir lejano,
astro serás de fecundante lumbre,
de esperanzas al mundo americano.

Mayo de 1878



HECATOMBE

Escuchad: mi Patria un día
fue vendida al extranjero,
y la enseña del ibero
en sus torres se veía.
El honor y la hidalguía,
la libertad y la gloria,
huyeron de la memoria
del pueblo dominicano,
que abandonara al hispano
sus laureles y su historia.

Solo allá, con noble ardor,
un grupo digno y valiente
que no doblgó su frente
al yugo del invasor,
en los campos del honor,
lleno de coraje fiero,
el pabellón de Febrero
enarboló en lid apuesta,

arrojando una protesta
que oyó asombrado el ibero.

Y ciego de ira se lanza
sobre el grupo decidido
que no quiso envilecido
existir sin esperanza.
Ante la fatal pujanza
de aguerridos batallones,
los heroicos campeones
de la Patria desgraciada
rindieron al fin la espada,
pero no los corazones.

Que al fin cautivos se vieron
en el combate los bravos
que al vivir de los esclavos
un fin digno prefirieron.
Y los tigres que vencieron
porque así plugo a la suerte,
con la arrogancia del fuerte,
con insolente cinismo,
dictaron al patriotismo
una sentencia de muerte.

Y los patriotas cayeron
bajo el plomo del hispano,
y el suelo dominicano
con sangre libre tiñeron.
Allí los héroes sufrieron
crudo martirio sangriento;
pero en sus tumbas el viento
con voz de venganza vibra,

despertando en cada fibra
el nacional ardimiento.

En ese polvo sagrado,
entre esos héroes, inerte,
sucumbió el atleta fuerte,
el vencedor no premiado:
aquel que el pendón cruzado
alzó en Febrero triunfante,
Sánchez, meteoro gigante
de nuestro cielo de gloria,
nombre que guarda la historia
con cifra de oro brillante.

Mas la sangre meritoria
que corriera en El Cercado,
para el español osado
fue vil mancha infamatoria;
y los lauros de la gloria
que trajo de allende el mar,
destrozados vio rodar
en el polvo americano,
cuando el pueblo soberano
le arrojó del libre hogar.

Hoy, que el glorioso estandarte
de libertad bendecida
la Primada esclarecida
tremola en cada baluarte;
hoy, Patria, que formas parte
de los pueblos vencedores
cuya fama entre loores
de un pueblo al otro retumba,

inclínate ante la tumba
que guarda a tus defensores.

Y bendice, Patria mía,
aquella tierra empapada
con la sangre inmaculada
que a los libres dio energía.
Acaso, acaso algún día,
cual fantasma funerario
que al viajero solitario
cuenta ese drama sangriento,
alzarás un monumento
en ese nuevo Calvario.

Julio de 1878



A MI PATRIA

De nuevo el arpa ensaya
un himno en tu favor ¡oh Patria mía!
De nuevo el corazón que no desmaya
en su inmortal porfía
su voz eleva que el deber alienta,
y a tus fuerzas vigor prestar intenta.

Yo sé que no importuna
mi amarga queja tu vivir cansado:
tu inquieta brisa remeció mi cuna,
y el pecho alborozado
aliento libre respiró en su esencia,
y fue lo grande de tu amor la herencia.

Y arrebatada, luego,
ávida el alma recorrió tu historia;
y en el arranque de entusiasmo ciego,
espléndida tu gloria
gozosa imaginó la fantasía
que de uno al otro polo se extendía.

Mas ¡ah! nueva existencia
la mente absorta descubrió entre asombros
y descender te vi de la eminencia;
y triste, en tus escombros
fui a llorar en la tarde que declina
tu muerta gloria y tu presente ruina.

Sí, que el marcial trofeo
del combate entre el polvo recogido
solo en tus palmas triunfadoras veo;
y el lauro entretejido
que la victoria te ciñó fulgente
sin brillo luce en tu guerrera frente.

Y por la lucha impía
que fuiste olvidas, en gallarda justa,
rival preclara de la Grecia un día,
cuando la ciencia augusta
en sus hombros te alzó, y entre loores
irradiaron al mundo tus fulgores.

¡Oh, basta! No demandes
al genio de la lid nuevas coronas:
si acciones buscas de memorias grandes,
si lauros ambicionas,
tremola de la paz el estandarte
y abre tus campos al saber y al arte.

En el concurso egregio
de pueblos que en famosa muchedumbre
reclaman del invento el privilegio,
a la esplendente lumbre

del siglo que ilumina soberano
la lucha audaz del pensamiento humano,

allí desierto, solo,
el puesto de tu honor con mengua miro,
mientras que vuela desde polo a polo
la fama en raudo giro
nombres llevando, y esparciendo al viento
los prodigios del arte y del talento.

De tu presente vida
nada un recuerdo a despertar alcanza:
que el pensamiento tu memoria olvida,
porque, en perpetua holganza
sobre laureles de ignorado nombre,
no llega a ti la admiración del hombre.

En la encendida hoguera
del sol que en tus espacios se derrama
y ardiente reverbera,
de mi entusiasmo se templó la llama,
y a su calor el alma estremecida
bebió la inspiración, la luz, la vida.

¿Y su fecundo rayo
no basta a reanimar el fuego puro
del genio vigoroso que en desmayo,
sin sueños de futuro,
tendido sobre el lecho de tus flores,
en tu seno vegeta sin amores?

¡Oh, no será! ¡Despierta!
Que ya la historia tu renombre aguarda
y el himno de tu fama se concierta:
si en el progreso tarda
te mira el mundo indiferente ahora,
muévele al fin a saludar tu aurora.

Qué bella, refulgente,
de ciencia y libertad corona doble
ceñir podrás a la radiosa frente
si con empeño noble
al orbe muestras de virtud en prenda,
la paz del porvenir en digna ofrenda.

Diciembre de 1878



COLÓN*

Al Sr. D. Emiliano Tejera.

¡Silencio! Que ya herido
siento latir el corazón opreso
de tantas emociones bajo el peso.
Silencio, sí; dejad que estremecido
el espíritu libre se remonte
de luz ansioso, de verdad sediento,
y busque sobre el viento
el espacio, la esfera, el horizonte
donde el humano orgullo
vencido acalla su falaz murmullo.

Levanta victoriosa
la egregia frente de entusiasmo llena
¡oh Patria de mi amor, cuna famosa
del mundo americano!

Álzate ya con majestad serena,
que la calumnia en vano

* Con motivo del hallazgo de sus restos en la Catedral de Santo Domingo.

a ti sus dardos con empeño lanza
ante el orbe asombrado que te admira;
en vano, que no alcanza
su encono fiero, que desdén inspira,
tu honor a mancillar: luciente, claro,
como el astro que fúlgido amanece
rasgando sombras en triunfal camino,
así brilla, y se eleva, y resplandece
ceñido de esplendores tu destino.

¡Qué voz, qué humano acento
digno será de discantar al mundo
el sin igual portento!
En pobre tumba que ignoró la historia
y pródigo el olvido
en silente quietud guardó profundo,
sin mármoles, sin nombre, sin memoria,
durmieron en descuido
los despojos del nauta esclarecido.
Y el voto se cumplió; cumpliósese entera
del genio audaz la voluntad postrera.
Propicia la fortuna,
tumba concede al genovés marino
del Nuevo Mundo en la preclara cuna.

¡Oh Patria! Eleva al cielo
el hosanna triunfal con gozo vivo;
gózate ya sin pesadumbre alguna
en tu gloriosa suerte: que si alarde
de insensato poder haciendo altivo
ruge el despecho con furor cobarde,
y el férvido clamor de tu entusiasmo
y tu impaciente anhelo

con acentos recibe de sarcasmo,
atónita la historia
sus fastos abre a confirmar tu gloria.

Del Támesis al Volga, al Rhin, al Tiber,
al Marañón, al Niágara potente,
un himno cruza en el espacio libre;
himno de amor, de gratitud ferviente,
que acordes te levantan
pueblos que al orbe tu victoria cantan.
¿No escuchas? En el viento,
voz que domina la algazara impía
responde placentera
al hondo grito, al indecible acento
de asombro y de alegría
que estremecido conmovió la esfera
cuando, en el rapto de emoción dichosa,
triumfante, la preciosa
urna sagrada que el despojo encierra
del nauta peregrino
al secreto arrancaste de la tierra,
y en súbita locura
¡Colón! clamaste, y resonó en la altura.

¿Qué mucho que en su saña
contra ti se levante el error necio,
si al genio mismo se atrevió, engreído,
con risas de desprecio,
y condenarlo pretendió al olvido?
Mas ¡ay de su arrogancia!
Vencer no pudo la tenaz constancia
ni estorbo ser a que, tras lucha rara,
firme y audaz el genovés piloto,

del hemisferio ignoto
las extensas regiones saludara.
Tu nombre sin mancha
también ¡oh Patria! lucirá radiante,
que pasa el tiempo, y el error se humilla,
y eterna la verdad surge triunfante.

No será, no, que la injusticia intente
la historia dominar, haciendo al hombre
postrar el alma, doblegar la frente
sobre un sepulcro de mentido nombre;
no será, no, sin que el heroico aliento
de la santa virtud noble ardimiento
al corazón infunda
de cada pecho que en el bien se inflama,
y al fuego de su llama
la fábrica del mal tiemble y se hunda.

¡Colón, genio preclaro,
de la ciencia y la fe mártir sublime!
¿Qué destino fatal, que numen raro
persigue tu memoria,
y se complace en abatir tu gloria,
y el polvo mismo de tu ser oprime?
Un nombre inmerecido
tu mundo lleva, y a sepulcro extraño,
con lauros tuyos, imprevisto engaño
favoreció rendido.
Mas ¡ah! que en dulce calma
tras el duelo y la duda y la porfía,
Quisqueya te contempla en su regazo.
¡Quisqueya! La que un día
la palma de tu amor tuvo por suerte,

y por herencia santa esos despojos;
la que de angustia inerte
regó con llanto tu memoria egregia,
cuando en hora fatal vieron sus ojos
llevar en pompa regia
los restos ignorados
con tu nombre a su seno arrebatados.

¡Colón! Duerme al abrigo
del suelo de tu afán, mi Patria bella,
y paz le brinde tu recuerdo amigo
en sus noches de angustia y de querella;
tu aliento soberano
avive de su fe la llama pura,
la esperanza del bien, que al soplo insano
de la desgracia trémula vacila;
y con paterno amor, desde la altura
donde tu alma entre esplendores vuela,
el mal ahuyenta de la edad futura,
por los destinos de tu Antilla vela.

1879



A LA MÚSICA

¡Espíritus de luz y de armonía!
En torno de mi frente
las alas agitas, y el alma ardiente
con vencedor arranque en su porfía
allá del éter por la esfera ignota
al himno universal lleve su nota.

Arte divino ¡oh música! el idioma
de lo infinito eres;
el solemne concierto que los seres
alzan acordes cuando el alba asoma
y vida nueva por doquier imprime,
tu gloria canta y tu poder sublime.

¡Mas qué!, ¿dónde no vibra y se dilata
con majestad extrema
tu omnipotente voz, tu voz suprema?
El universo conmovido acata
tu ley de amor, que los espacios llena
y los orbes dirige y encadena.

Al soberano acento, de la nada
apareció a la vida
radiante la creación estremecida;
y en rápida carrera concertada
mundos poblaron la extensión vacía
ligados por incógnita armonía.

Y llenan del espacio las regiones
sonidos inmortales,
preludio de las voces celestiales,
palpitantes, ignotas vibraciones
que absorta el alma a percibir alcanza
en horas de ilusión y de esperanza.

Del alba a los destellos peregrinos,
en el murmullo leve
del aura errante que las flores mueve,
del ave amante en los alegres trinos,
del llanto matinal en cada gota,
palpita el ritmo de tu ardiente nota.

Y palpita en la voz de la tormenta,
del mar en el bramido,
del rayo en el terrífico estallido,
del cráter en la cima turbulenta,
y el hombre, que te admira en todas partes,
tu solio encumbra a dominar las artes.

Tu atmósfera sublime vivifica
el espíritu grande;
tu acento grave el entusiasmo expande,
y el genio que tus ecos centuplica

en ardorosa inspiración se enciende
y tus secretos íntimos sorprende.

Y espléndido, elevándose a la altura
de la armonía suprema,
intérprete feliz, con ansia extrema,
en raudales de plácida dulzura
recoge el himno que en el éter vaga
y con notas del cielo nos embriaga.

Y despertando en los ocultos senos
del alma adormecida
las memorias que fueron en la vida,
con tonos de expresión y magia llenos,
en éxtasis purísimo, indecible,
arranca al corazón llanto apacible.

Fija tu planta en el preciado suelo
de mi Quisqueya libre,
arte divino, y que tu acento vibre
llevado por el céfiro en su vuelo
y los ámbitos llene pregonando
ya de las artes el imperio blando.

Aquí también espíritus sedientos
de ignotas armonías,
tras largas noches de dolor sombrías,
demandan tus arcanos a los vientos,
para alzar, entre asombro, el soberano
himno del porvenir dominicano.

Desciende ya, que de tu voz augusta
al eco generoso,
unidas en consorcio venturoso
vendrán las ciencias a la heroica justa,
y en Quisqueya tendrán, para alto ejemplo,
culto las artes y el saber un templo.

1879



EL CANTAR DE MIS CANTARES

Cuando los vientos murmuradores
llevan los ecos de mi laúd,
con los acentos de mis amores
resuena un nombre, que de rumores
pasa llenando la esfera azul.

Que en ese nombre que tanto adoro
y al labio acude con dulce afán,
de aves y brisas amante coro,
rumor de espumas, eco sonoro
de ondas y palmas y bosques hay.

Y para el alma que en ese ambiente
vive y respira sin inquietud,
y las delicias del cielo siente,
guarda ese nombre puro y ferviente
todo un poema de amor y luz.

Quisqueya ¡oh Patria! ¿Quién, si en tu suelo
le dio la suerte nacer feliz,
quién, si te adora con fiel desvelo,
cuando te nombra no oye en su anhelo
músicas gratas reproducir?

Bella y hermosa cual la esperanza,
lozana y joven, así eres tú;
a copiar nunca la mente alcanza
tus perfecciones, tu semejanza,
de sus delirios en la inquietud.

Tus bellos campos que el sol inunda,
tus altas cumbres de enhiesta sien,
de tus torrentes la voz profunda,
la palpitante savia fecunda
con que la vida bulle en tu ser,

todo seduce, todo arrebató,
todo, en conjunto fascinador,
en armoniosa corriente grata,
hace en tu suelo la dicha innata
y abre horizontes a la ilusión.

Y ¡ay, si oprimirte con mano ruda
quiere en su saña la iniquidad!
Tu espada pronto brilla desnuda,
te alzas potente, y en la lid cruda
segando lauros triunfante vas.

Naturaleza te dio al crearte
belleza, genio, fuerza y valor;
y es mi delirio con fe cantarte
y entre lo grande siempre buscarte
con el empeño del corazón.

Por eso el alma te buscó un día
con ansia ardiente, con vivo afán,
entre las luchas y la porfía
y entre los triunfos de gallardía
con que el progreso gigante va.

Mas ¡ay! en vano pregunté ansiosa
si entre el tumulto cruzabas tú:
llevó la brisa mi voz quejosa;
silencio mudo, sombra enojosa
miré en tu puesto solo y sin luz.

Tú, la preciada, la libre Antilla,
la más hermosa perla del mar,
la que de gloria radiante brilla
¿huyes la senda que ufana trilla
con planta firme la humanidad?

A tu corona rica y luciente
falta la joya de más valor;
búscala presto, que ya presiente
para ti el alma, con gozo ardiente,
grandes victorias de bendición.

¡Patria bendita! ¡Numen sagrado!
¡Raudal perenne de amor y luz!

Tu dulce nombre siempre adorado,
que el pecho lleva con fe grabado,
vibra en los sonos de mi laúd.

Y pues que mueve nombre tan puro
de mis cantares la inspiración,
y ansiando vivo tu bien seguro,
la sien levanta, mira al futuro,
¡y oye mis cantos, oye mi voz!...

1879



SUEÑOS

En horas gratas, cuando serena
reposa el alma libre de afán,
y el aura amena
pasa, de agrestes rumores llena,
y es todo calma, todo solaz;

cuando la Patria suspende el ruido
de las contiendas aterrador,
y confundido
quedar parece bajo el olvido
cuanto es angustias al corazón,

castas visiones vienen ligeras,
y en bullicioso giro fugaz,
cual mensajeras
de paz y dicha, nuevas esferas
al pensamiento mostrando van;

nuevas esferas donde la mente
vislumbra absorta mares de luz,
donde se siente
que extraños sonos lleva el ambiente
sobre las nubes del cielo azul.

Enajenada la fantasía,
de esas visiones corriendo en pos,
mira a porfía
pueblos y pueblos buscar la vía
de esas regiones de eterno albor.

Rasga el destino su denso velo,
y a sus fulgores el porvenir
muestra a mi anhelo
cómo a esa altura, con libre vuelo,
Quisqueya asciende grande y feliz.

Sueños de gloria que halagadores
el alma sigue llena de fe;
bien que traidores
huyen a veces, y sus fulgores
envuelven sombras de lobreguez.

¡Ay! Es que entonces, Patria bendita,
cubre tus campos ruido fatal,
que a la infinita
región se eleva, y el alma agita
con emociones de hondo pesar.

Mas cuando calla la voz terrible,
cuando sereno luce el confín,
y bonancible
pasa la brisa, con apacible
giro de blandos rumores mil,

cándidas vuelven esas visiones
arrobadoras en multitud
y esas regiones
a poblar vuelven extraños sonos
y claridades de viva luz.

A esas esferas del pensamiento
quiero llevarte, Patria gentil;
si oyes mi acento,
si verte quieres en alto asiento,
dominadora del porvenir,

¡ah! quede siempre suspenso el ruido
de las contiendas aterrador;
que enternecido
desde su trono de luz ceñido
¡sueños de gloria te ofrece Dios!

1880



LUZ

¿Adónde el alma incierta
pretende el vuelo remontar ahora?
¿Qué rumor de otra vida la despierta?
¿Qué luz deslumbradora
inunda los espacios y reviste
de lujoso esplendor cuanto era triste?

¿La inquieta fantasía
finge otra vez en la tiniebla oscura
los destellos vivísimos del día,
lanzándose insegura,
enajenada en su delirio vago,
de un bien engañoso tras el halago?

¡Ah, no! Que ya desciende
sobre Quisqueya, a iluminar las almas,
rayo de amor que el entusiasmo enciende,
y de las tristes calmas
el espíritu en ocio, ya contento,
surge a la actividad del pensamiento.

Y surge a la existencia,
al trabajo, a la paz, la Patria mía,
a la egregia conquista de la ciencia,
que en inmortal porfía
los pueblos y los pueblos arrebató
y del error las nieblas desbarató.

Ayer, meditabunda,
lloré sobre tus ruinas ¡oh Quisqueya!
toda una historia en esplendor fecunda,
al remover la huella
del arte, de la ciencia, de la gloria
allí esculpida en perennal memoria.

Y el ánimo intranquilo
llorando preguntó si nunca al suelo
donde tuvo el saber preclaro asilo,
a detener su vuelo
el genio de la luz en fausto día
con promesas de triunfos volvería.

Y de esperanzas llena
temerosa aguardé, y al viento ahora,
cuando amanece fúlgida, serena,
del bienestar la aurora,
lanzo del pecho, que enajena el gozo,
las notas de mi afán y mi alborozo.

Sí, que ensancharse veo
las aulas, del saber propagadoras,
y de fama despiértase el deseo,
brindando protectoras

las ciencias sus tesoros al talento,
que inflamado en ardor corre sediento.

Ya de la patria esfera
los horizontes dilatarse miro:
el futuro sonriendo nos espera,
que en entusiasta giro,
ceñida de laurel, a la eminencia
se levanta feliz la inteligencia.

Es esa la futura
prenda de paz, de amor y de grandeza,
la que el bien de los pueblos asegura,
la base de firmeza
donde al mundo, con timbres y blasones,
se elevan prepotentes las naciones.

¡Cuántas victorias altas
el destino te guarda, Patria mía,
si con firme valor la cumbre asaltas!
Escúchame y porfía;
escucha una vez más, oye ferviente
la palabra de amor que nunca miente:

yo soy la voz que canta
del polvo removiendo tus memorias,
el himno que a tus triunfos se adelanta,
el eco de tus glorias...
No desmayes, no cejes, sigue, avanza:
¡tuya del porvenir es la esperanza!

Julio de 1880



SOMBRAΣ

Alzad del polvo inerte,
del polvo arrebatad el arpa mía,
melancólicos genios de mi suerte.
Buscad una armonía
triste como el afán que me tortura,
que me cercan doquier sombras de muerte
y rebosa en mi pecho la amargura.

Venid, que el alma siente
morir la fe que al porvenir aguarda;
venid, que se acobarda
fatigado el espíritu doliente
mirando alzar con ímpetu sañudo
su torva faz al desencanto rudo,
y al entusiasmo ardiente
plegar las alas y abatir la frente.

¿No veis? Allá a lo lejos
nube de tempestad siniestra avanza
que oscurece a su paso los reflejos

del espléndido sol de la esperanza.
Mirad cuál fugitivas
las ilusiones van, del alma orgullo;
no como ayer, altivas,
hasta el éter azul tienden el vuelo,
ni a recibirlas, con piadoso arrullo,
sus pórticos de luz entreabre el cielo.

¿Cuál será su destino?
Proscritas, desoladas, sin encanto,
en el vértigo van del torbellino,
y al divisarlas, con pavor y espanto
sobre mi pecho la cabeza inclino.
Se estremece el alcázar opulento
de bien, de gloria, de grandeza suma,
que fabrica tenaz el pensamiento;
bajo el peso se rinde que le abrumba.
Conmuévase entre asombros,
de la suerte a los ímpetus terribles,
y se apresta a llorar en sus escombros
el ángel de los sueños imposibles.

Venid, genios, venid, y al blando halago
de vuestros himnos de inmortal tristeza,
para olvidar el porvenir aciago
se aduerma fatigada mi cabeza.
Del arpa abandonada
al viento dad la gemebunda nota,
mientras que ruge la tormenta airada,
y el infortunio azota
la ilusión por el bien acariciada,
y huye la luz de inspiración fecunda,
y la noche del alma me circunda.

Mas ¡ah! Venid en tanto
y adormeced el pensamiento mío
al sonoro compás de vuestro canto.
¡Meced con vuestro arrullo el alma sola!
Dejad que pase el huracán bravío,
y que pasen del negro desencanto
las horas en empuje turbulento,
como pasa la ola,
como pasa la ráfaga del viento.

Dejad que pase, y luego
a la vida volvedme, a la esperanza,
al entusiasmo en fuego:
que es grato, tras la ruda
borrasca de la duda,
despertar a la fe y a la confianza,
y tras la noche de dolor, sombría,
cantar la luz y saludar el día.

Junio de 1881



MI OFRENDA A LA PATRIA

En la investidura de sus discípulas, las primeras
maestras normales de Santo Domingo.

¡Hace ya tanto tiempo!... Silenciosa,
si indiferente no, Patria bendita,
yo he seguido la lucha fatigosa
con que llevas de bien tu ansia infinita.
Ha tiempo que no llena
tus confines la voz de mi esperanza,
ni el alma, que contigo se enajena,
a señalarte el porvenir se lanza.

He visto a las pasiones
levantarse en tu daño conjuradas
para ahogar tus supremas ambiciones,
tus anhelos de paz y de progreso,
y rendirse tus fuerzas fatigadas
al abrumante peso.
¿Por qué, siempre que el ruido
de la humana labor que al mundo asombra,

recorriendo el espacio estremecido
a sacudir tu indiferencia viene,
oculta mano férrea, entre la sombra,
tus generosos ímpetus detiene?

¡Ah! Yo quise indagar de tu destino
la causa aterradora:
te miro en el comienzo del camino,
clavada siempre allí la inmóvil planta,
como si de algo que en llegar demora,
de algo que no adelanta,
la potencia aguardaras impulsora...
¡Quién sabe si tus hijos
esperan una voz de amor y aliento!
dijo el alma, los ojos en ti fijos,
dijo en su soledad mi pensamiento.
¿Y ese amoroso acento
de qué labio saldrá, que así sacuda
el espíritu inerme, y lo levante,
la fe llevando a reemplazar la duda,
y del deber la religión implante?

¡Ah! La mujer encierra,
a despecho del vicio y su veneno,
los veneros inmensos de la tierra,
el germen de lo grande y de lo bueno.
Más de una vez en el destino humano
su imperio se ostentó noble y fecundo:
ya es Veturia, y desarma a Coriolano;
ya Isabel, y Colón halla otro mundo.
Hágase luz en la tiniebla oscura

que al femenil espíritu rodea,
y en sus alas de amor irá segura
del porvenir la salvadora idea.
Y si progreso y paz e independencia
mostrar al orbe tu ambición ansía,
fuerte, como escudada en su conciencia,
de sus propios destinos soberana,
para ser del hogar lumbrera y guía
formemos la mujer dominicana.

Así, de tu futura
suerte soñando con el bien constante,
las fuerzas consagré de mi ternura,
instante tras instante,
a dar a ese ideal forma y aliento,
y rendirte después como tributo,
cual homenaje atento,
de mi labor el recogido fruto.

Hoy te muestro ferviente
las almas que mi afán dirigir pudo:
yo les di de verdad rica simiente,
y razón y deber forman su escudo.
En patrio amor sublime
templadas al calor de mis anhelos,
ya sueñan que tu suerte se redime,
ya ven de tu esperanza abrir los cielos.

Digna de ti es la prenda
que mi esfuerzo vivísimo corona
y que traigo a tus aras en ofrenda:

¡el don acepta que mi amor te abona!
Que si cierto es cual puro
mi entusiasta creer en esas glorias
que siempre, siempre, con placer te auguro;
si no mienten victorias
la voz que en mi interior se inspira y canta,
los sueños que en mi espíritu se elevan,
ellas al porvenir que se adelanta
de ciencia y de virtud gérmenes llevan.

Abril de 1887



PÁGINAS ÍNTIMAS



MELANCOLÍA

Hay un ser apacible y misterioso
que en mis horas de lánguido reposo
me viene a visitar;
yo le cuento mis penas interiores,
porque siempre, calmando mis dolores,
mitiga mi penar.

Como el ángel del bien y la constancia,
en los últimos sueños de la infancia
aparecer le vi;
contemplóme un instante con ternura,
y «Oye —dijo—: las horas de ventura
pasaron para ti.

«Yo vengo a despertar tu alma dormida,
porque un genio funesto, de la vida
te aguarda en el umbral;
y benigno jamás, siempre iracundo,
te encontrará, del agitado mundo
en el inmenso erial.

«Yo elevaré tu espíritu doliente;
disiparé las nubes que en tu frente
las penas formarán;
consagra solo a mí tus horas largas,
y enjugaré tus lágrimas amargas
y calmaré tu afán.

«Seré de tu vivir guarda constante,
y mi pálido tinte a tu semblante
transmitirá mi amor.
Y te daré una lira en tus pesares,
porque al eco fugaz de tus cantares
se exhale tu dolor.

«Y te daré mi lánguida armonía,
que los himnos que entona de alegría
la ardiente juventud
jamás ensayarás, pobre cantora,
porque siempre la musa inspiradora
seré de tu laúd».

Dijo, y de entonces, cual amiga estrella
alumbra siempre, misteriosa y bella,
mi noche de dolor;
y me arrullas sensible y amorosa,
como arrulla la madre cariñosa
al hijo de su amor.

Y haciendo que en sus alas me remonte
a otro mundo de luz sin horizonte,
de dicha voy en pos;
y entonces de mi lira se desprende

nota sin nombre que la brisa extiende,
y escucha solo Dios.

Yo te bendigo, fiel Melancolía;
tú los seres que anima la alegría
no vas a adormecer;
porque eres el consuelo de las almas
que del martirio las fecundas palmas
lograron obtener.

Por ti en los aires resonó mi acento,
y para dar un generoso aliento
al pobre corazón,
alguna vez la Patria bendecida
benévola me escucha sonreída
y aplaude mi canción.

No pido más: bien pueden los dolores
destrozar sin piedad las bellas flores
de la ilusión que amé;
que jamás, bajo el peso que me oprime,
mientras un rayo de virtud me anime,
la frente inclinaré.

1874



¡PADRE MÍO!

Muda yace la alcoba solitaria
donde naciste a la existencia un día,
do, desdeñando la fortuna varia,
tu vida entre el estudio discurría.

¡Ay! De una madre en el regazo tierno
por vez primera te adormiste allí,
y allí, de hinojos, tu suspiro eterno
entre sollozos tristes recogí.

Hoy, al entrar en tu mansión doliente,
donde reina silencio sepulcral,
nadie a posar vendrá sobre mi frente
el beso del cariño paternal.

Ninguna voz halagará mi acento,
ni un eco grato halagará mi oído:
solo memorias de tenaz tormento
tendré a la vista de tu hogar querido.

Sí, que a la tumba descender te viera
tras largas horas de perenne afán,
horas eternas de congoja fiera
que en el alma por siempre vivirán.

Cuando de angustia desgarrado el pecho
te sostuve en mis brazos moribundo;
cuando tu cuerpo recosté en el lecho
donde el postrer adiós dijiste al mundo;

cuando, de hinojos anegada en llanto,
llevé mis labios a tu mano fría,
y entre tanta amargura y duelo tanto
miraba palpitante tu agonía;

después ¡Oh Dios! cuando besé tu frente
y a mi beso filial no respondiste,
de horror y espanto se turbó mi mente...
y aún teme recordarlo el alma triste.

¡Momento aciago! Su fatal memoria
cubre mi frente de dolor sombrío.
Siempre en el alma vivirá su historia,
y vivirá tu imagen, padre mío...

Cuando las sombras con su velo denso
dejan el orbe en lóbreguez sumido,
en el misterio de la noche pienso
que aún escucho doliente tu gemido;

y finge verte mi amoroso anhelo
bajo el abrigo de tu dulce hogar,
y me brindas palabras de consuelo
y mis lágrimas llegas a enjugar.

Sombra querida que incesante vagas
en torno de la huérfana errabunda,
visión perenne que mi sueño halagas,
alma del alma que mi ser inunda:

si de ese mundo que el dolor extraña
mi llanto has visto y mi amargura extrema,
sobre mi frente, que el pesar empaña,
haz descender tu bendición suprema.

1875



QUEJAS

Te vas, y el alma dejas
sumida en amargura, solitaria,
y mis ardientes quejas,
y la tímida voz de mi plegaria,
indiferente y frío
desoyes ¡ay! para tormento mío.

¿No basta que cautiva
de fiero padecer entre las redes
agonizante viva?
¡Ay, que mi angustia comprender no puedes,
que por mi mal ignoras
cuán lentas son de mi existir las horas!

Sí, que jamás supiste
cuál se revuelve en su prisión estrecha,
desconsolado y triste,
el pobre corazón, que en lid deshecha
con su tormento rudo
morir se siente y permanece mudo.

Y en vano, que indiscretos
mis ojos, sin cesar, bajo el encanto
de tu mirar sujetos,
fijo en los tuyos con empeño tanto,
que el corazón desmaya
cuando esa fuerza dominar ensaya.

Deja que pueda al menos
bañándome en su luz beber la vida,
y disfrutar serenos
breves instantes en tu unión querida,
que es para mi amargura
bálsamo de purísima dulzura.

Deja que al vivo acento
que de tus labios encendidos brota,
mi corazón sediento,
que en pos va siempre de ilusión ignota,
presienta enajenado
las glorias todas de tu edén soñado.

¡Ah, si escuchar pudieras
cuanto a tu nombre mi ternura dijo!
¡Si en horas lisonjeras
me fuera dado, con afán prolijo,
contarte sin recelo
todo el delirio de mi amante anhelo!

Mas no, que mi suspiro
comprimo dentro el pecho acongojado.
Me basta si te miro,
si la dicha y el bien sueño a tu lado,

porque tu vista calma
los agudos tormentos de mi alma.

¡Ay! Que sin ti, bien mío,
mi espíritu cansado languidece
cual planta sin rocío,
y con sombras mi frente se oscurece,
y entre congoja tanta
mi corazón herido se quebranta.

Oye mi ardiente ruego,
oye las quejas de mi angustia suma,
y generoso luego
olvida que la pena que me abruma
te reveló mi acento
en horas ¡ay! de sin igual tormento.

Escúchame y perdona:
que ya mi labio enmudeciendo calla,
y el alma se abandona
con nuevo ardor a su febril batalla,
y débil mi suspiro
se pierde de las auras en el giro.

1879



A MI MADRE

Dedicatoria del tomo de *Poesías*
publicado en 1880.

Aquí, a la sombra tranquila y pura
con que nos brinda grato el hogar,
oye el acento de la ternura
que en tus oídos blanda murmura
la dulce nota de mi cantar.

La voz escucha del pecho amante
que hoy te consagra su inspiración,
a ti que aún eres tierna, incesante,
de amor sublime, de fe constante,
raudal que aliento da al corazón.

Mi voz escucha: la lira un día
un canto alzarte quiso feliz,
y en el idioma de la armonía
débil el numen ¡oh madre mía!
no halló un acento digno de ti.

¿Cómo tu afecto cantar al mundo,
grande, infinito, cual en sí es?

¿Cómo pintarte mi amor profundo?
Empeño inútil, sueño infecundo
que en desaliento murió después.

De entonces, madre, buscando en prenda,
con las miradas al porvenir,
voy en mi vida, voy en mi senda,
de mis amores íntima ofrenda
que a tu cariño pueda rendir.

Yo mis cantares lancé a los vientos,
yo di a las brisas mi inspiración;
tu amor grandeza dio a mis acentos:
que fueron tuyos mis pensamientos
en esos himnos del corazón.

Notas dispersas que en libres vuelos
y a merced fueron del huracán,
pero llevando con mis anhelos
los mil suspiros, los mil desvelos
con que a la Patria paga mi afán.

Hoy que reunir las plugo al destino
quiero que abrigo y amor les des:
esa es la prenda que en mi camino
al soplo arranco del torbellino,
y a colocarla vengo a tus pies.

1879



VESPERTINA

A mi esposo ausente.

Reina la tarde en nuestro hogar bendito,
la tarde tropical, limpia, serena,
que el ánimo enajena
alzando el pensamiento a lo infinito.

Sin nubes está el cielo,
sin celajes la luz, diáfano el aire,
y de la brisa, que en gracioso vuelo
refrescando la tierra se pasea,
al suave impulso, con gentil donaire
el plátano sus hojas balancea,
mientras la flor se inclina
presintiendo la sombra ya vecina.

Todo respira en nuestro hogar la calma;
todo es paz y quietud; solo mi alma
de extraño sinsabor la hiel apura,
y a su pensar rendida
suspira en su amargura

con la triste emoción del que en la vida
por vez primera siente
las ansias todas del cariño ausente.

¿En dónde, en dónde estás? Así intranquilo
con su ansiedad el corazón luchando,
te busca sin cesar, hora tras hora;
la casa, el aura, el cielo interrogando.

Huérfano del hogar está el asilo;
huérfano, sí, de tu presencia ahora;
que, el alma en su entusiasmo sacudida,
y de admirar ufano
las galas del pensil dominicano,
y sus pueblos y villas diferentes
recorrer, estudiando los futuros
gérmes del progreso y de la vida
que allí duermen latentes,
sentiste estrechos a tu afán los muros
de la ciudad nativa,
y en alas de esos sueños tentadores,
ardiendo en ansia viva,
el bendecido hogar de los amores
sonriendo abandonaste
y a los mares y campos te lanzaste.

Torna, torna a decirme
cuanto a la pluma revelar no es dado:
las mil fatigas del camino rudo;
tus nuevas impresiones de viajero;
de tu criterio firme
el juicio, recto siempre, nunca errado;

de cuanto viste y merecerle pudo
con mágico atractivo
atención a tu espíritu severo,
admiración a tu entusiasmo altivo.

Ven a decirme a solas
si mi recuerdo acompañó tu viaje
cuando cruzabas las movibles olas;
cuando del sol a los ardientes lampos,
cansado viajador, los patrios campos
te dieron hospedaje.

Ya la tórrida lumbre
una vez y otra vez y otras en fuego
desde la etérea cumbre
envió a la zona de su amor el riego,
desde el lejano día
en que, guiado por feliz bonanza,
perdiéndose el bajel en lontananza
te llevó lejos de la vista mía.

¡Oh, qué largas las horas, qué momentos
los de la ausencia triste!
Son siglos de dolor que pasan lentos,
que ignora el corazón cómo resiste.

¡Oh angustia desmedida! ¡Quién me diera
salvar espacios y a tu lado ansiosa
llegar en su carrera!
Y en esta hora dulcísima y dichosa
en que al destello amigo
del sol que palidece
suspensa la creación hacer parece
de paz solemne majestuoso alarde,
verte, sentirte y respirar contigo
la bienhechora calma de la tarde...

Enero de 1881



EN EL NACIMIENTO DE MI PRIMOGÉNITO

A mi esposo.

¡Levántate, alma mía,
por el materno amor transfigurada,
y a los confines del espacio envía
el himno de la dicha inesperada!

Y tú, que abres conmigo
a esa ternura nueva el pecho en gozo,
tú que compartes cuanto sueño abrigo,
cuanta ilusión feliz es mi alborozo,

ven, y los dos a una
el cántico de amor juntos alcemos,
y del pequeño ser ante la cuna
el alba del futuro saludemos:

el alba de esa vida
que a iluminar nuestro horizonte alcanza,
y a cuya luz vislumbra estremecida
espacios infinitos la esperanza.

Los Cielos se inclinaron,
y descendió al hogar entre armonías
el ángel que mis sueños suspiraron,
nuncio de bendiciones y alegrías.

¡Oh, cómo se estremece
engrandecida la existencia ufana
pensando de esa aurora que amanece
vivir reproducida en el mañana!

De hoy más, un sueño solo,
una sola ambición tras el destino,
a nuestras almas servirá de polo,
del tiempo al avanzar en el camino.

¡Oh, sí! Limpiar de abrojos
la senda preparada al ser que nace,
al bien y a la virtud abrir sus ojos,
y el peligro desviar que le amenace.

Y así, como entre flores,
ajeno a la maldad, al vicio ajeno,
verle a lo grande tributar honores
y el alto aprecio merecer del bueno.

Y así a la Patria, al mundo,
como prenda de paz y de amor santo,
en acciones magnánimas fecundo
un miembro digno regalar en tanto.

¡Doblemos el aliento!
Vamos al porvenir, la fe en el alma,
para él a conquistar con ardimiento
de ciencia, de virtud, de bien la palma.

Diciembre de 1882



EN HORAS DE ANGUSTIA

En la enfermedad de mi segundo hijo.

Sin brillo la mirada,
bañado el rostro en palidez de muerte,
casi extinta la vida, casi inerte,
te miró con pavor el alma mía
cuando a otros brazos entregué, aterrada,
tu cuerpo que la fiebre consumía.

En ruego entonces sobre el suelo frío,
y de angustia y dolor desfalleciente,
aguardé de rodillas ¡oh hijo mío!
que descendiese el celestial rocío,
el agua bautismal, sobre tu frente.

Después, en mi regazo
volví a tomarte, sin concierto, loca,
de cabezal sirviéndote mi brazo,
mientras en fuego vivo
se escapaba el aliento de tu boca;
y allí cerca, con treguas de momentos,

el hombre de la ciencia, pensativo,
espiaba de tu ser los movimientos.

Pasaron intranquilas
horas solemnes de esperanza y duda;
latiendo el pecho con violencia ruda,
erraban mis pupilas
de uno en otro semblante, sin sosiego,
con delirio cercano a la demencia;
y entre el temor y el ruego
juzgaba, de mi duelo en los enojos,
escrita tu sentencia
hollar de los amigos en los ojos.

¡Oh terrible ansiedad! ¡Dolor supremo
que nunca a describir alcanzaría!
Al cabo, de esa angustia en el extremo,
reanimando mi pecho en agonía,
con voz sin nombre ahora
que a pintar su expresión habrá que cuadre,
¡salvo! —dijo la ciencia triunfadora.
¡salvo! —gritó mi corazón de madre.

¡Salvo, gran Dios! El hijo de mi vida,
tras largo padecer, de angustia lleno,
vástago tierno a quien la luz convida,
salud respira en el materno seno.

Hermoso cual tus ángeles, sonrío
de mi llamado al cariñoso arrullo,
y el alma contemplándole se engríe
de amor feliz y de inocente orgullo.

Por eso la mirada
convierto al cielo, de mi bien testigo,
y, de santa emoción arrebatada,
tu nombre ensalzo y tu poder bendigo.

Diciembre de 1884



¿QUÉ ES PATRIA?

¿Qué es Patria? ¿Sabes acaso
lo que preguntas, mi amor?
Todo un mundo se despierta
en mi espíritu a esa voz.

Todo un mundo de recuerdos
que han dejado en mi interior
esperanzas que no mueren
en la fe del corazón.

¿Qué es Patria? De tu inocencia
al purísimo candor
para hablarle de la Patria
no halla el labio una expresión.

En mis ojos arder siento
de una lágrima el calor,
meditando lo que ansías
avanzar a tu razón:

que tan solo tres abriles
a tu frente dan su albor,
y te mueve ya ese nombre
a curiosa indagación;

ese nombre que mis cantos
en el céfiro veloz
suspirando siempre llevan
con los ecos de mi amor.

Mas es fuerza que te diga
de la Patria alguna voz;
que te diga cuanto en ella
tu niñez cautiva hoy.

Este hogar, donde inocente,
de tus padres al calor,
juegas tú con tus hermanos
en gozosa animación;

esos campos donde ufano
del insecto vas en pos,
donde charlas y sonríes
con el pájaro y la flor;

esas nubes de oro y grana
de bellísimo color
que tu júbilo alborozan
cuando el alba anuncia el sol;

esos astros que arrebatan
tu infantil admiración;
ese mar que te amedrenta
con su acento atronador,

son halagos y rumores
y reflejos y alma y voz
de esa Patria cuya idea
se anticipa a tu razón.

Y mañana serán ellos,
que tu vida llenan hoy,
los recuerdos inefables
de la Patria y de su amor.

1887



TRISTEZAS

A mi esposo ausente.

Nuestro dulce primogénito,
que sabe sentir y amar,
con tu recuerdo perenne
viene mi pena a aumentar.

Fijo en ti su pensamiento,
no te abandona jamás:
sueña contigo, y despierto
habla de ti nada más.

Anoche, cuando, de hinojos,
con su voz angelical
dijo las santas palabras
de su oración nocturnal;

cuando allí junto a su lecho
senteme amante a velar,
esperando que sus ojos
viniese el sueño a cerrar,

incorporándose inquieto,
cual presa de intenso afán,
con ese acento que al labio
las penas tan solo dan,

exclamó como inspirado:
«¿Tú no te acuerdas, mamá?
El sol ¡qué bonito era
cuando estaba aquí papá!».

1888



ANGUSTIAS

A mi esposo, ausente en Europa.

Torna a morir el sol. Así pasando
van de tu ausencia los terribles días,
en mi semblante pálido marcando
la huella de profundas agonías.

Torna a morir el sol. El hogar mío
de arpegios infantiles está lleno;
pero rueda del párpado sombrío
una rebelde lágrima a mi seno.

¿Podré, cuando regreses a mi lado,
rico de porvenir, rico de ciencia,
presentarte el tesoro inmaculado
de este grupo de amor y de inocencia?

¡Yo no lo sé! Cuando la muerte lanza
su aliento destructor sobre este suelo,
desfallece en mi pecho la esperanza
y me finge el terror mi hogar en duelo.

Yo no he visto en los círculos de Dante
más terrible ansiedad, más cruel angustia;
se rinde el corazón agonizante,
y el alma siento desolada y mustia.

¡Y tú sufres también! También los brazos
extiendes a tu hogar con el deseo,
y luchas del deber entre los lazos,
cual otro encadenado Prometeo.

¿Por qué dejé que tan prolija ausencia
así emprendieras en momento aciago,
si me siento morir sin tu presencia,
si en todo miro aterrador amago?

¿Si miramos los dos, lentas y frías,
en duda y afán pasar las horas,
sin que calmen futuras alegrías
las nubes del pesar abrumadoras?

Imposible vivir así, llevando
la angustia en espíritu, la muerte;
imposible vivir agonizando,
sin luz el mundo y la existencia inerte.

¡Acaba, llega! ¡Que el hogar sin calma
es de mis penas íntimas remedo;
que tiemblo por los hijos de mi alma;
que la vida sin ti me causa miedo!

Diciembre de 1888



¡ADELANTE!

A mi esposo.

Deja a las turbas revolver audaces
de tus limpias acciones el tesoro,
buscando con qué herir de tu decoro
la austera dignidad.

Que ni la envidia ni ambición cobarde
dentro del pecho generoso abrigas,
ni los favores pérfidos mendigas
del aura popular.

Tú que del bien por la espinosa vía
firme, tranquilo, imperturbable avanzas,
y tus nobles y grandes esperanzas
en el estudio ves;
alta la frente, el ánimo sereno,
fija la vista al porvenir soñado,
irás contra los golpes escudado
de la pasión soez.

Irás, aunque se crucen a tu paso
los escollos que el mundo opone al bueno,
aunque apures la copa de veneno
que es premio a la virtud.
Que allá, como fanal que alumbra y guía
tras de las nieblas del presente oscuro,
brilla en los horizontes del futuro
del ideal la luz.

¿Qué son a la conciencia del honrado
los aplausos o el odio de un momento?
Rumores que se pierden con el viento
sin eco y sin valor.
Solo perdura en brillo permanente
de la verdad la antorcha peregrina,
y tú vas, como a luz que te ilumina,
de la verdad en pos.

Julio de 1889



PÁGINAS ÍNTIMAS

A mi esposo.

U M B R A

La mirada sin luz, la mente ansiosa,
 corto el aliento al pecho,
 en ruda agitación se va la vida...
 Allá perderse en la penumbra vaga
 miro las prendas del hogar benditas,
 mis hijos, en su cándido abandono,
 ajenos al amago
 de la suerte sobre ellos suspendida,
 y tú, de pie, bajo el dolor inmenso,
 nublada por el llanto la pupila.

R E S U R R E X I T

Brota la luz en deslumbrantes ondas,
 el aire al pecho afluye,
 el espíritu absorto se reanima,
 y cunde y se dilata en las arterias
 el ritmo palpitante de la vida.

Y bajo el ala cándida que extiende
sobre el hogar en gozo
ángel nuevo de paz que el cielo brinda,
surgiendo victorioso de las sombras
el cuadro de mi amor esplende al día.

Abril de 1894



MI PEDRO*

Mi Pedro no es soldado; no ambiciona
de César ni Alejandro los laureles;
si a sus sienes aguarda una corona,
la hallará del estudio en los vergeles.

¡Si lo vierais jugar! Tienen sus juegos
algo de serio que a pensar inclina.
Nunca la guerra le inspiró sus fuegos:
la fuerza del progreso lo domina.

Hijo del siglo, para el bien creado,
la fiebre de la vida lo sacude;
busca la luz, como el insecto alado,
y en sus fulgores a inundarse acude.

* Esta composición se considera como la última que escribió la autora. En realidad, solo las dos últimas estrofas son del mes de julio de 1896; las cuatro primeras fueron escritas en mayo de 1890.

Amante de la Patria, y entusiasta,
el escudo conoce, en él se huelga,
y de una caña, que transforma en asta,
el cruzado pendón trémulo cuelga.

Así es mi Pedro, generoso y bueno;
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.

Cuando sacude su infantil cabeza
el pensamiento que le infunde brío,
estalla en bendiciones mi ternura
y digo al porvenir: ¡Te lo confío!



VARIA



UNA ESPERANZA

Al Sr. D. Enrique Coronado.*

¡Oh tú, que errante vagas, ausente de tus lares,
vertiendo en tristes notas tu amarga decepción!
Escúchame un momento, da tregua a tus pesares
y entrega a la esperanza tu *mártir corazón*.

No pueden, no, calmando tus horas de amargura,
llevarte mis cantares un eco del hogar;
mas pueden anunciarte que vívido fulgura
de redención el iris sobre el Caribe Mar.

Y pueden, sí, llevarte los votos que del alma,
colmados de esperanza, se elevan hasta Dios,
pidiendo para Cuba la bienhechora palma
que busca en los combates y del martirio en pos.

Mil veces ¡ay! me trajo la brisa confidente
de víctimas inermes los ayes de dolor,

* Este poema es una respuesta a versos que el poeta cubano dedicó a la autora.

y el grito de los héroes, enérgico y potente,
y de los bravos mártires el himno redentor.

Y a cada nuevo lauro que alcanza en la pelea
la perla de los mares del mundo tropical,
dilátanse las fibras del alma que desea
levante victoriosa la frente virginal.

Se abate ya el orgullo de la arrogante España;
ya tiembla y retrocede, sin fuerzas, el león;
y en vívidos fulgores el horizonte baña
la *Estrella Solitaria* de augusta redención.

La perla codiciada del mundo americano,
la tímida cautiva, potente se alza ya;
y, el carcomido yugo rompiendo del hispano,
triunfante, de los libres el himno entonará.

La América Latina con palmas y con flores
se apresta de ese triunfo la gloria a celebrar,
y anhela entre el estruendo de aplausos y loores
la redimida sierva sonriendo coronar.

1875



EL AVE Y EL NIDO

¿Por qué te asustas, ave sencilla?
¿Por qué tus ojos fijas en mí?
Yo no pretendo, pobre avecilla,
llevar tu nido lejos de aquí.

Aquí, en el hueco de piedra dura,
tranquila y sola te vi al pasar,
y traigo flores de la llanura
para que adornes tu libre hogar.

Pero me miras y te estremeces,
y el ala bates con inquietud,
y te adelantas, resuelta, a veces,
con amorosa solicitud.

Porque no sabes hasta qué grado
yo la inocencia sé respetar,
que es, para el alma tierna, sagrado
de tus amores el libre hogar.

¡Pobre avecilla! Vuelve a tu nido
mientras del prado me alejo yo;
en él mi mano lecho mullido
de hojas y flores te preparó.

Mas si tu tierna prole futura
en duro lecho miro al pasar,
con flores y hojas de la llanura
deja que adorne tu libre hogar.

1875



IMPRESIONES

*A José Joaquín Pérez, en respuesta a la dedicatoria
de su colección Fantasías indígenas.*

Quejas del alma, vagos rumores,
lejanas brumas, rayos de luz,
fragante aroma de índicas flores,
himnos de guerra, cantos de amores
brotan al ritmo de tu laúd.

¿Quién, recorriendo tus *Fantasías*,
hijas del trópico abrasador,
vibrar no siente las armonías
de aquella raza que en otros días
poblar sus selvas Quisqueya vio?

Sobre la cumbre de las montañas,
de las palmeras bajo el dosel,
al grato abrigo de las cabañas,
y hasta en las grutas al hombre extrañas,
haces del indio la sombra ver.

Y el aire cruza triste lamento,
y el eco suena del tamboril,

y al valle indiano, y al ave, al viento,
a todo presta tu blando acento
fuego, armonía, vida y matiz.

Y el *junco verde* que en la onda gira,
la *tumba sola* que arrulla el mar,
y el *ave errante* que allá suspira,
notas perennes dan a tu lira,
tristes historias llenas de afán.

Entre sus bosques afortunados
no escuchó nunca la indiana grey
dulces *areítos* tan acordados
como tus cantos privilegiados,
vagos preludios de ignoto edén.

Parece, bardo, que el genio ardiente
de estas regiones habitador
templó tu lira suave y doliente,
y en viva lumbré bañó tu frente
dando a tus ritmos inspiración.

Que si inspirado suena tu canto
poblando aéreo la soledad,
ávida el alma te sigue, en tanto
que dulces notas de nuevo encanto
fascinadoras haces vibrar.

Cuando al transporte del numen cedes,
cuando tu mano pulsa el laúd
y en la armonía fácil excedes,
¡ay, quién pudiera, como tú puedes,
dar a sus trovas música y luz!

Pues de una fama ya merecida
tus *Fantasías* vuelan en pos,
mientras acepto, reconocida,
de esos cantares llenos de vida
con noble orgullo la ofrenda yo,

¡oh de la patria de Anacaona
cantor amante, bardo feliz!
ciñe con flores de nuestra zona
la que prepara digna corona
para tus sienes el porvenir.

1877



EN DEFENSA DE LA SOCIEDAD

Pasad, pasad por las puertas, preparad la calle al pueblo;
allanad el camino, y alzad el estandarte a los pueblos.
Isaías. LXII, 10.

Espíritu creador, numen fecundo
que en incansable actividad dilatas
de tu excelso poder las maravillas,
tú que perenne brillas
en las obras del bien, tú que arrebatas
a regiones sin fin el pensamiento
y extiendes con tu amor de mundo a mundo
las leyes del eterno movimiento:

¿será que la preciada
sublime hechura de tu augusta diestra
condenes al reposo de la nada?
¿Será que aletargada,
de tu activo poder ante la muestra,
en indolente ociosidad rendida
admirándote ¡oh Dios! pase la vida?

No: despertad, los que del campo ameno
en la florida alfombra
solo buscáis al ánimo sereno
horas de paz en ignorada sombra.
Alzad, los que siguiendo
de la corriente el agradable giro,
un anatema al popular estruendo
lanzáis, soñando más feliz retiro.

No es el orgullo quien levanta al cielo
pirámide grandiosa
y alzar pretende a lo infinito el vuelo:
es la chispa inmortal, que poderosa
la inmensidad fatiga,
y en constante anhelar y afán interno
hace que el hombre en su delirio siga
algo de grande cual su fin eterno.
El solo es quien anima
del yerto mármol la materia dura,
el que las obras del Creador sublima
en paisajes de espléndida pintura
y al fuego fecundante de la idea
descubre mundos y portentos crea.

No todo es paz y amor, delicia grata,
allá del campo en el silencio amigo,
ni en cuanto abarca la inocencia mora:
también allí la tempestad desata
su furia destructora,
el áspid en las flores tiene abrigo,
y el ave de rapiña, turbulenta,
la presa entre sus garras atormenta.

No todo es vicio y confusión y horrores
entre el social tumulto:
tras ese velo de maldad y errores
luz halla el genio, y el Eterno culto,
palmas el bien y la virtud loores.
De un Dios también la majestad potente
se dilata en espacios sin medida
allí do el alma pensadora siente
bullir el mundo y palpar la vida.
En solitaria calma
no se alza solo hasta el Creador el alma,
ni del campo en la paz siempre vivieron
los pocos sabios que en el mundo fueron.

La sociedad que avanza
sus destinos altísimos comprende,
y al ocio opone varonil pujanza,
y a realizar su perfección asciende.
Es ella la que, activa,
los bíblicos asombros hoy renueva,
Moisés moderno que al desierto lleva
raudales de agua viva,
que al pueblo del Señor la senda traza
y resignado escucha
las voces de la turba que amenaza;
nuevo Josué que en gigantesca lucha
detiene allá en su esfera
del padre de los astros la carrera.

Por ella en lid de fama
raros prodigios el ingenio luce
y del mundo los ámbitos inflama;
al imperioso empuje de su vuelo,

vencida la distancia se reduce,
divídense los istmos,
descorren los espacios su ancho velo,
descubren sus secretos los abismos,
y preso en redes que la industria labra
lleva atónito el rayo la palabra.

Y esa es del hombre la misión sublime:
disipar del error la sombra densa,
y a la ignorancia que en tinieblas gime
llevar la luz de la verdad que piensa.
¡Oh soñadoras almas
que en perenne quietud y paz cumplida
anheláis a la sombra de las palmas
en ocio estéril enervar la vida!
Volved, no es ese el puesto
donde el deber, la humanidad que llora,
y el mismo Dios, a la inacción opuesto,
os mandan combatir hora tras hora.
Volad a las regiones
donde en lucha de honor el bien levanta
glorioso sus pendones
y a conquistar el orbe se adelanta.
¡El mundo pide luz, dadle ese rayo
que amortiguáis en criminal desmayo!

Habite ufano el labrador activo
los campos que fecunda,
mostrando al ocio esquivo
la honrada frente que el sudor inunda.
Corra el audaz minero
que fatiga la tierra y arrebat
espléndido el venero

que en su senopreciado se dilata.
Vuele a poblar el campo abandonado,
abriendo al porvenir dignas contiendas,
el que de ciencia y de virtud llevado
domeña la cerviz de altivos montes,
descubre nuevas sendas,
ensancha los cerrados horizontes
y del desierto hasta el confín lejano
lleva los triunfos del progreso humano.

Mas ¡ah! los que rendidos
de la arena del mundo en el combate
lleváis del desencanto los gemidos
al corazón que de entusiasmo late:
¡paso a la inteligencia!
¡Desmayados atletas, apartaos!
y vosotros, alumnos de la ciencia,
que fecundáis el caos
poblándolo de espléndidas creaciones,
no deis tregua al destino:
alza el estandarte a las naciones,
abrid a las virtudes el camino.

1878



LA TRANSFIGURACIÓN

Al Pbro. Dr. Fernando Arturo de Meriño.

¡Oh musa! El vuelo tiende
sobre la cumbre del Tabor radiante,
y, al fuego de la llama en que se enciende
la nube centelleante,
alza de gloria el cántico triunfante.

Y di cómo en su altura,
postrado el Cristo en oración sublime,
al cielo eleva la mirada pura;
mas no el pesar le oprime
ni acongojado en su plegaria gime.

Ni el ángel mensajero
le ofrece del dolor la copa amarga,
ni del suplicio que le aguarda fiero
la pesadumbre larga
rinde sus fuerzas ni su mente embarga.

No, que al martirio infausto
antes de humilde doblregar el cuello,

de las culpas del hombre en holocausto,
dejar patente y bello
de su divinidad quiere un destello.

Mirad: al ardua cumbre
sube inspirado, con segura planta,
y deja tras de sí la muchedumbre:
que para gloria tanta,
seguido de tres solo se adelanta.

Y llega, y prosternado,
en éxtasis sublime se recrea,
y, al fuego de la fe transfigurado,
su frente centellea
encendida en los rayos de la idea;

y evoca entre el misterio
de la pasada edad sombras gloriosas
que dóciles se inclinan a su imperio,
viniendo presurosas
homenaje a rendirle fervorosas.

Allí su talla muestra
la gigante figura enaltecida
que a la luz del relámpago siniestra
sobre la cumbre erguida
promulgó del Siná la ley de vida.

Y allí el profeta ardiente,
el profeta del bien, que, peregrino
sin tregua perseguido entre la gente,
con ímpetu divino
en alas ascendió del torbellino.

Con ellos, inspirado,
de su trágico fin habla el Mesías;
de Moisés toma el código sagrado
y del divino Elías
la fe de las antiguas profecías.

Y así combina el Justo
los elementos de la Ley moderna,
el nuevo Credo, el Testamento augusto
que cual ofrenda tierna
legó a los hombres en memoria eterna.

¿Dó están los que sus huellas
siguieron al Tabor entusiasmados
y vieron de su faz las luces bellas?
Miradlos deslumbrados
y de asombro y pavor allí postrados.

Y en fêrvido arretrato,
el pecho ardiendo en sacrosanto fuego,
Pedro, el apóstol de la Iglesia ornato,
en exaltado ruego
la rienda suelta a su entusiasmo ciego;

y alzar en lo eminente
de la cumbre tendidos pabellones
pide en el rapto de su amor ardiente,
soñando en sus regiones
detener de la Ley a los varones;

cuando quedara inerte
mudo de asombro, porque el éter baña
fúlgida nube que destellos vierte

de claridad extraña
y enciende en viva lumbre la montaña.

Y voz de eco profundo
repite como el trueno en la eminencia:
«Mirad al Hijo en quien mi gloria fundo,
mi eterna complacencia:
oíd de su palabra la excelencia».

La faz contra la tierra
los apóstoles vuelven con espanto
al eco de esa voz que los aterra;
y se disipa en tanto
de aquel prodigio el misterioso encanto.

Alzad, alzad la frente;
desierta está la cumbre centelleante
que habéis de eternizar entre la gente,
y solo allí, radiante,
sereno, al Hombre-Dios se ve triunfante.

Así fortalecidos
por un portento que la mente abruma,
seguidlo en vuestro asombro confundidos:
ni el labio ni la pluma
el brillo cuenten de su gloria suma.

Dejad que, entre el tumulto
de la iracunda plebe turbulenta,
blanco se mire de cobarde insulto,
y apure de la afrenta
la amarga hiel sobre la cruz sangrienta.

Dejad que el hombre ciego
desconozca su origen soberano;
que de esa sangre al generoso riego
germinará, lozano,
fecundo, el bien del porvenir humano.

Y luego, cuando el mundo
se encienda al rayo que en su frente brilla,
al orbe puesto en estupor profundo
cantad con fe sencilla
del Tabor inmortal la maravilla.

1878



VÍCTOR HUGO

¡Vedlo! ¡Allí está! De pie sobre la cumbre,
mirando a todos con *piedad suprema*:
allí lo encontrará la muchedumbre
cuando en horas de afán y pesadumbre
del genio y la virtud busque el emblema.

1885



¡POBRE NIÑO!

En la muerte de José María Pichardo Patín,
discípulo de Hostos.

Ayer no más, al beso
de maternal ternura peregrina,
la vida te sonrió con embeleso,
dejando un rayo de la luz divina
sobre tu frente impreso.

Al verte, los que alzamos
el pendón sacrosanto de los buenos,
los que la fe del porvenir guardamos,
en ti, gozosos, de entusiasmo llenos,
un lidiador miramos.

Y ¡ay! el dolor se avanza,
se interpone a tu paso en el camino,
desfalleces al golpe que te alcanza,
y al peso abrumador de tu destino
se extingue de la Patria una esperanza.

1886



EN LA MUERTE DE FRANCISCO XAVIER BILLINI

¡Dejadlo descansar! Heroico, fuerte,
ungido para el bien, se irguió en la vida;
cayó luchando, y alcanzó en la muerte
alta victoria y fama esclarecida.

¿A qué llorar? De su labor fecunda
mirad las obras en conjunto varío:
bien puede reposar quien labra y funda
y edifica y combate: es necesario.

Al afligido, al huérfano, al anciano,
al demente infeliz, tended los ojos,
tended el corazón, tended la mano,
si honrar queréis del bueno los despojos.

Esas obras que ayer de su alma pía
surgieron al esfuerzo formidable
levantad en magnánima porfía
con base firme y vida perdurable.

Eso pide, eso espera el que, hoy dormido
amar y redimir tuvo por gloria:
salvar sus ideales del olvido
es digno monumento a su memoria.

Abril de 1890



MI ÓBOLO

Para la fiesta a beneficio de las víctimas del incendio del
3 de mayo en la Ciudad Nueva, de Santo Domingo.

Escombros y cenizas en el suelo,
angustia en el espíritu sin calma,
eso guarda no más en desconsuelo
quien hogar tuvo ayer y en paz el alma.

Hoy abatida y contristada llora
la ruina y destrucción de sus hogares
inquieta multitud que al cielo implora
de su perdido bien en los lugares.

¡Ayudemos al triste en la contienda
para alzar las moradas destruidas!
Al concurso yo traigo por ofrenda
estas notas del arpa desprendidas.

¡Paso abridles! La lira del poeta
tiene tonos enérgicos y extraños,
que vibran como acentos de profeta
y almas conmueven y conjuran daños.

¡Paso abridles! La risa del sarcasmo
huya del labio que entreabrió la duda:
yo vengo con la fe del entusiasmo,
con esa fe que las montañas muda.

Allá en tiempos remotos, muy remotos,
en playas de estas playas muy distantes,
cuando en los climas vírgenes e ignotos
fijaban su mansión pueblos errantes,

de la lira a los mágicos acentos,
bajo un cielo de eternas claridades,
se vieron sobre sólidos cimientos
surgir muros y alzarse las ciudades.

¡Paso abrid a las notas de mi canto,
que intentan, con poder desconocido,
ir a enjugar del infortunio el llanto
y alzar los muros del hogar caído!

Espíritus que abate el desconsuelo
y vais sin tregua en la desgracia ruda:
hay seres que lamentan vuestro duelo,
hay socorros que van en vuestra ayuda.

Os brinda la esperanza alientos puros
que al pecho tornen la pérdida calma:
tendréis albergue en que vivir seguros,
hogar tendréis en que espaciar el alma.

Mayo de 1890



FE

En el cuarto centenario del
descubrimiento de América.

Lejos la costa y el hogar lejos,
mares y mares en la extensión;
no hay luz que alumbre con sus reflejos,
bate sus alas el aquilón.

¿Dó va la nave, si no hay un puerto
que abrigo al nauta ni amparo dé;
si todo es sombra, si todo incierto,
si solo abismos el terror ve?

¡Ay del piloto! La airada turba
con fiero amago blande el puñal;
pero al piloto nada conturba,
fijo en la imagen de su ideal.

Torpe en el eje de la aguja oscila,
se muestra indócil al norte fiel;
pero el piloto nunca vacila
y el rumbo marca de su bajel.

Avante, avante la nave sigue,
rugiendo el hombre, rugiendo el mar;
avante, avante, mas no consigue
ver una orilla ni un puerto hallar.

Olas tras olas, mares y mares,
un sol que muere y otro después,
lejos, muy lejos los patrios lares,
y el negro abismo bajo los pies.

«¡Muera el alevé!» —la turba estalla—
«¡Muera el que arrastra la muerte en pos!»
Pero el piloto la turba acalla
con este acento que inspira Dios:

«Dejad que brille la nueva aurora».
La blanca aurora torna a lucir,
y de las ondas que el sol colora
surge la tierra del porvenir.

Octubre de 1892



¡TIERRA!

¡Tierra! ¡Tierra! Los siglos conmovidos
evocan ese grito de la historia,
despertando los ecos adormidos
y al orbe haciendo estremecer de gloria.

Rasgado el velo del error oscuro,
ebria de luz, cual astro soberano,
de ese grito magnético al conjuro
la América surgió del océano.

El enigma cayó: mudas de asombros
las vencidas edades se inclinaron,
y, el manto desciñendo de sus hombros,
al genio vencedor glorificaron.

No más el horizonte en lejanía
para el nauta será sombra y misterio:
ya se abre ruta en la extensión bravía,
ya toca triunfador otro hemisferio.

Ya no es el hombre el paria condenado,
ludibrio de las turbas en cinismo:
el torpe mundo, del error dechado,
con recio trepidar se hundió el abismo.

Contórnase la tierra en el espacio,
alcanza de los astros las carreras,
y concierta al espíritu reacio
el himno universal de las esferas.

Ancho campo que esplende en claridades
brilla deslumbrador ante la ciencia;
y es luz cuanto palpita en sus verdades,
y es luz cuanto se yergue en la conciencia.

Rotas las infamantes ligaduras
entradadoras de la humana idea,
descoge el pensamiento alas seguras,
vuela, investiga, y elabora, y crea.

Grito de bendición y de esperanza,
resuenas en los aires todavía...
Ningún acento de la Historia alcanza
tan hondo a socavar la tiranía.

Germen de libertad y de progreso
a tu acento brotó, fecundo y grande,
que desenvuelto en vigoroso exceso
fuerza de vida al universo expande.

¡Salve a la humanidad regenerada!
La inteligencia el porvenir encierra,
y audaz y firme, en su poder confiada,
avanza libre a conquistar la tierra.

Mientras el bronce al genio inmortaliza,
timbre y orgullo de la humana historia,
¡Salve al grito de amor que simboliza
progreso y luz y redención y gloria!

Octubre de 1892



BIOGRAFÍA DE SALOMÉ UREÑA



Salomé Ureña es la poeta dominicana más celebrada de todos los tiempos. En conmemoración de la fecha de su natalicio, se celebra en República Dominicana el Día Nacional del Poeta.

La notable escritora y educadora nació en Santo Domingo, República Dominicana, el 21 de octubre de 1850. Era hija de Nicolás Ureña de Mendoza y de Gregoria Díaz y León.

Su padre fue un discreto poeta y abogado de buena reputación que ocupó puestos como senador y magistrado, y le dio a su hija una sólida formación literaria.

La poeta comenzó a componer versos en la adolescencia y los publicaba bajo el seudónimo de Herminia.

Tempranamente su producción literaria llamó la atención en Santo Domingo y otros países. La paz y el progreso

fueron sus temas preferidos desde 1873 hasta 1880, y gracias a la constancia y a su talento se ganó la admiración de su pueblo.

En 1878 el país le rindió un homenaje y se le entregó una medalla de reconocimiento costeadada por el pueblo.

El 11 de febrero de 1880 la poeta contrajo matrimonio con Francisco Henríquez y Carvajal, con quien procreó cuatro hijos: Francisco, Pedro, Max y Camila.

Tras la llegada a República Dominicana del pensador Eugenio María de Hostos, en el 1880, Salomé Ureña se involucró en el movimiento que renovó la educación dominicana, encabezado por el humanista puertorriqueño.

Su esposo, Francisco Henríquez y Carvajal, fue uno de los colaboradores más activos de Hostos y, bajo la influencia del pedagogo, Salomé se convirtió en educadora.

En 1881 Ureña fundó el Instituto de Señoritas, primer plantel femenino de enseñanza superior en el país. Su trabajo dio frutos y en 1887 egresaron del centro de enseñanza las seis primeras maestras: Leonor Feltz, Luisa Ozema Pellerano, Ana Josefa Puello, Mercedes Laura Aguiar, Altagracia Henríquez Perdomo y Catalina Pou.

La destacada trovadora y educadora dedicó a su hogar la mayor parte de las poesías que compuso desde 1881 hasta su muerte y que a menudo mantenía inéditas largo tiempo.

La autora falleció en Santo Domingo el 6 de marzo de 1897 y su muerte provocó un duelo en todo el país.

Las poesías de Salomé Ureña se publicaron generalmente en periódicos de Santo Domingo y en otros países.

Las publicaciones dominicanas que contienen el mayor número de sus composiciones son *El Estudio*, órgano de la Sociedad «Amigos del País», de 1878 a 1881, y *Letras y Ciencias*, de 1892 a 1898.

Poesías, de Salomé Ureña, de la colección
«Clásicos Dominicanos. Serie III. Poesía», del Instituto Superior de Formación
Docente Salomé Ureña, se terminó de imprimir en noviembre de 2024, en los talleres
gráficos de Editora Búho, con una tirada de 750 ejemplares.
Santo Domingo, República Dominicana.

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS

Serie I. Narrativa

Cartas a Evelina

Francisco E. Moscoso Puello

Crónicas de Altocerro

Virgilio Díaz Grullón

Cuentos cimarrones

Sócrates Nolasco

El montero

Pedro Francisco Bonó

Enriquillo

Manuel de Jesús Galván

Guanuma

Federico García Godoy

La fantasma de Higüey

Francisco Javier Angulo Guridi

La sangre

Tulio Manuel Cestero

Over

Ramón Marrero Aristy

Trementina, clerén y bongó

Julio González Herrera

Serie II. Ensayos

Análisis de la Era de Trujillo

José R. Cordero Michel

El nacionalismo dominicano

Américo Lugo

Feminismo

Ercilia Pepín

Idea de Bien Patrio

Ulises Francisco Espaillat

Ideario feminista

Abigail Mejía

Imágenes del dominicano

Manuel Rueda

Invitación a la lectura

Camila Henríquez Ureña

La República Dominicana, una ficción

Juan Isidro Jimenes Grullón

La utopía de América

Pedro Henríquez Ureña

Perfiles y relieves

Federico García Godoy

Seis ensayos en busca de nuestra expresión

Pedro Henríquez Ureña



Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña
(ISFODOSU)



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS
SERIE III. POESÍA

ISBN: 978-9945-639-45-2



9 789945 639452

Otros títulos de esta Serie III:

Alma adentro

Carmen Natalia Martínez

Ascuas vivas

Delia Weber

Canciones de la tarde

Fabio Fiallo

Clima de eternidad

y otros poemarios

Franklin Mieses Burgos

Compadre Mon

Manuel del Cabral

Eva en extremaunción

Melba Marrero de Munné

Hay un país en el mundo

y otros poemas

Pedro Mir

El poema de la hija reintegrada

y otros versos

Domingo Moreno Jimenes

Una mujer está sola

y otras poesías

Aída Cartagena Portalatín



**Instituto Superior de
Formación Docente
Salomé Ureña**

Calle Caonabo esq. C/ Leonardo da Vinci
Urbanización Renacimiento
Sector Mirador Sur
Santo Domingo, República Dominicana.

T: (809) 482.3797

www.isfodosu.edu.do



@isfodosurdo